

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Poder invencible

Aparece algo a lo que llaman «El Poder invencible», y que está ejercido por personajes a los que llaman Mentales y que pueden controlar y gobernar las voluntades ajenas. El asunto es intrigante y altamente peligroso habida cuenta de los personajes a quienes se pretende controlar y gobernar mentalmente y los planes que se han organizado al respecto. Por ejemplo: ¿qué podría ocurrir si alguien controlase la mente del Presidente de los Estados Unidos de América? Seguramente, nada bueno para la humanidad en general. Y ahí está el gran error de Mental, porque la agente Baby ama a la Humanidad por encima de todo, así que decide enfrentarse al Poder Invencible… ¿Quién vencerá?



Lou Carrigan

El poder invencible

Brigitte en acción - 481

ePub r1.1
Titivillus 05.02.2018

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—¿Te has enterado del accidente de Florida? —Preguntó Minello, entrando en el despacho de Brigitte en el Morning News—. ¡Ha sido terrible!

—Sí, hace unos minutos lo he leído —asintió Brigitte, moviendo la cabeza con gesto de desaliento—… Esta clase de accidentes ya no deberían ocurrir, Frankie.

—¿Qué quieres decir?

—Actualmente se dispone de tantos sistemas y mecanismos de seguridad que los accidentes me resultan inadmisibles.

—Bueno —replicó desconcertado Minello—, un accidente es un accidente, ¿no? Quiero decir que cuando ocurre un accidente es porque sucede algo fuera no sólo de lo normal, sino de lo previsible.

—Todo es previsible.

—Yo no lo creo así.

—Pues yo sí. ¿No te parece previsible que un avión caiga sobre una localidad? Mira, Frankie, ese jumbo accidentado no sólo ha terminado con la vida de toda la tripulación y de los pasajeros, sino que al caer sobre esa pequeña localidad ha matado también más de doscientas personas. ¡Cielos, cosas como ésta no pueden ya ocurrir en nuestros días!

Frank Minello se quedó mirando fijamente a su amadísima Brigitte, por supuesto tan guapísima aquella mañana como todos los días de su vida, pero con el rostro lívido por la consternación. Sin la menor duda, el accidente había sido no sólo lamentable, sino absolutamente espantoso, posiblemente el de mayor envergadura jamás registrado en los Estados Unidos: un jumbo procedente de San Francisco, y que debía aterrizar en Miami, se había desviado de la ruta y se había estrellado en el centro de la pequeña localidad de Rockville, al Norte de Gainesville, en el estado de Florida. El número de víctimas rozaba las cuatrocientas: todas las personas que

iban en el avión y casi todos los habitantes de la pequeña localidad de Rockville, desconocida hasta entonces, y en aquellos momentos tristemente conocida en todo el mundo.

Cuatrocientas víctimas en un accidente aéreo.

—Sí, claro, no deberían ocurrir —murmuró por fin Minello—…, pero ya ves que ocurren. Vamos, Brigitte, tienes que aceptar las cosas como son…, y lo cierto es que existen los accidentes y que, lamentablemente, siempre existirán. Ahora mismo yo puedo salir de tu despacho, resbalar quizá sobre un poco de agua que se le haya caído a alguien, y romperme una pierna al caer… Son cosas que pasan.

—¡Pues no deberían pasar!

Frankie se acercó a Brigitte, se inclinó sobre ella, y la besó en una oreja.

—¿Qué tal si te espero hasta la hora del almuerzo y nos vamos juntos y en lugar de almorzar unos bocadillos de nada nos damos un pequeño banquete con champán incluido? —propuso.

—¡Claro que no! ¿Es que acaso hay algo que celebrar?

—Podríamos celebrar que tú y yo estamos vivos. Y muchas otras cosas. Por ejemplo, podríamos celebrar que ese jumbo haya caído en Rockville y no en la ciudad de Nueva York, por ejemplo en Manhattan, donde en lugar de doscientas víctimas quizás habría causado dos mil… o veinte mil si derribaba un par de edificios sobre la Quinta Avenida.

—¡Eres un bruto!

—Tal vez. Pero tú no puedes responsabilizarte ni sufrir por todas las víctimas de accidentes, guerras, epidemias o cualquier otra cosa de las muchas malas que ocurren en el mundo.

—Bueno… No, claro, ya sé que no, pero…

—Se me ocurre una idea todavía mejor que la anterior: larguémonos los dos de aquí, vámonos a cualquier parte agradable donde…

—Quiero ir a Florida.

—A Florida —repitió Minello, como si no hubiera entendido.

—Quiero ver la caja negra de ese jumbo.

—La caja negra.

—Tengo que saber qué ocurrió realmente.

—Tienes que saberlo.

—¡¿Quieres dejar de repetir lo que yo digo?!

—Oye, un momento, que quien ha estado trabajando toda la noche he sido yo, no tú. Tú has llegado tan ricamente hace unos minutos, fresca y hermosa como una flor, y todo lo que has hecho ha sido echarle un vistazo al periódico en el cual yo he estado trabajando toda la noche. Si alguien tendría que estar cansado y de malhumor soy yo, no tú.

—Eso es cierto —admitió Brigitte—, pero quiero ir a Florida. ¡Quiero saber qué dice esa caja negra!

—Conociéndote, sé que nadie en el mundo podrá impedírtelo. Es más: ¿ves esto?

—¿El qué?

—Esto que tienes ante tus ojos.

—¿Te refieres a ti?

—¡Te estoy mostrando mis manos!

—Ah, sí, tus manos… ¿Qué pasa con tus manos?

—Pues que me las apuesto a que si tú intervienes en ese accidente le vas a encontrar cinco pies al gato. Eso es tan inevitable como que si echas agua al fuego éste se apague.

—O sea, que tú también crees que es un accidente… increíble.

—No, no, nada de eso… ¡Yo no he dicho semejante cosa! Lo que yo he dicho es que si tú decides intervenir en ese accidente de un modo u otro es porque te empuja esa… fuerza extraña que hay en tu interior y que siempre te mete en líos, por decirlo de algún modo.

—O sea, que yo complico las cosas.

—¡Que no me refiero a eso, zambomba! Lo que quiero decir es que si tú decides intervenir es porque tu… sexto sentido o tu espíritu te impulsan a ello. Y si tú sientes ese impulso es porque algo extraño ha ocurrido.

—Pues quiero saber qué ha ocurrido.

—¿Y si no ha ocurrido nada, aparte del accidente en sí?

—Tú mismo acabas de decir…

En este momento sonó el teléfono múltiple colocado a la derecha de Brigitte. Ésta suspiró, y atendió la llamada.

—¿Sí?

—…

Brigitte hizo un gesto vivo, como de sorpresa, que por supuesto

Minello captó perfectamente.

—Sí, ponme con él —murmuró la divina periodista-espía.

Al mismo tiempo, le hacía una seña a Minello para que estuviese atento, y cambiaba la recepción de la llamada al *speaker-phone*, de modo que Minello podía oír también al comunicante…

—¿Señorita Montfort? —Sonó la voz de un hombre.

—Sí, soy yo. Diga.

—Bueno, ya supongo que atiende usted mi llamada porque le han dicho que me llamo Simón… Ya me comprende.

—Sí, le comprendo. ¿Le conozco a usted?

—No. Pero yo sí a usted. Mi verdadero nombre es Harriman Nixon Fox. Cuando nos veamos ya comprenderá que no importa que se lo haya dicho… ¿Podría usted venir a verme?

—¿Adónde?

—En realidad podemos vernos donde usted quiera, pero yo prefiero no dejarme ver mucho por ahí fuera. Sé que me están buscando.

—¿Quiénes le están buscando y por qué?

—Es por el asunto de ese avión que se ha estrellado en Florida, en ese pueblecito llamado Rockville que ni siquiera viene en la mayoría de los mapas. ¿Sabe de qué accidente le estoy hablando?

—Desde luego —asintió Brigitte, mirando enfadada a Minello, que había lanzado una exclamación—. ¿Qué sabe usted de eso, Simón?

—¿Le parece prudente que hablemos por teléfono?

—Esta línea está limpia, no se preocupe.

—Si usted lo dice así debe de ser. Ha sido el poder invencible.

—¿Qué?

—Lo del avión. Ha sido cosa del poder invencible. Escuche, ya sé que si usted dice que todo va bien es que todo va bien, pero yo preferiría que nos encontrásemos. Si no quiere venir al hotel donde me escondo…

—¿De qué se esconde? Oh, está bien, entiendo… ¿En qué hotel está?

—El Gipsy, en la calle Cuarenta y Dos. ¿Lo conoce?

—Sí. Es un sitio… desagradable, uno de esos hoteles-colmena que resultan sencillamente detestables.

—Si quiere que nos veamos en otro sitio…

—No. Quédese ahí. Llegaré en menos de veinte minutos.

—Estupendo. Habitación 612, a nombre de N. Fox.

—De acuerdo. Salgo para ahí ahora mismo.

Brigitte cortó la comunicación, se puso en pie, y recogió su bolso. Minello corrió a abrirle la puerta, y salió con ella, caminando a su lado. Al paso de Brigitte nacían sonrisas y gestos de amor. En la calle lucía el sol. La periodista llamó un taxi, éste llegó, y Minello le abrió la portezuela, colándose tras ella.

—¿Adónde vas tú? —le reprendió Brigitte.

—Al Gipsy —dijo Minello, mirando por el retrovisor al conductor—. Y deprisa.

El taxista miró a Brigitte por el retrovisor, decepcionado al parecer, incrédulo en definitiva.

—¿Al Gipsy? —inquirió—. ¿Seguro?

—Sí, seguro —dijo Brigitte; se encaró con Frankie—… ¡Pero harás el favor de no hacer nada sin mi permiso! ¿Está claro?

—¿A qué te refieres? ¿Qué podría hacer?

—Ya me has entendido. ¡Y quiero ver tu bocota bien cerrada!

—De acuerdo. Pero… ¿te das cuenta? ¡Ya la has organizado!

Brigitte apretó los labios, y Minello comprendió que, en efecto, había llegado el momento de tener la «bocota» bien cerrada. En quince minutos el taxista los dejó ante el Gipsy Hotel, que era, en efecto, un edificio-colmena de más de veinte pisos. Frankie pagó el importe del servicio, y corrió detrás de Brigitte, que ya se disponía a entrar en el hotel… Cuando el conserje la vio se quedó mirándola como si no pudiera creer lo que veía. Y tenía razón, porque personas de la calidad de Brigitte no eran precisamente asiduas de lugares como el Gipsy. Brigitte se metió en uno de los ascensores, y Minello lo hizo tras ella a toda prisa. El conserje todavía no había reaccionado.

—Y seguro que no llevas armas —farfulló Minello, pulsando el botón del sexto piso.

—No necesito armas para ir a ver a uno de mis Simones.

—¿Y si te está engañando? ¿Y si es una trampa?

—No seas absurdo, Frankie. Si algún enemigo de «Baby» supiera que soy yo, tendría mil oportunidades de tenderme toda clase de trampas. Y mejores que citarme en un hotel como éste, lleno de gente por todas partes.

—Eso es cierto —tuvo que admitir Minello.

Llegaron al sexto piso, abandonaron la cabina, y recorrieron el pasillo hasta encontrar la puerta señalada con el número 612. Brigitte pulsó el llamador.

Silencio.

Medio minuto más tarde, Brigitte volvió a pulsar el timbre… Silencio.

Minello miraba a Brigitte con los ojos muy abiertos, con una expresión tan clara de sus pensamientos que Brigitte palideció.

—Se diría que no supo esconderse bien…, y que lo han encontrado —susurró Minello—. Ahora sí puede ser una trampa.

Brigitte asintió. Abrió el bolso, sacó una alargada lima para las uñas, la introdujo en la cerradura de la puerta, y en menos de quince segundos hizo girar el mecanismo. Minello no le dio tiempo a más: la apartó, y entró en primer lugar, rápidamente. Si la trampa funcionaba primero tendrían que vérselas con él.

Pero no funcionó trampa alguna. No ocurrió nada.

Por supuesto, dentro de la habitación no había nadie. Todo estaba en orden. En ese orden frío e impersonal de una habitación desocupada.

—Esto no me gusta nada —gruñó Minello.

Brigitte abrió el armario, que estaba completamente vacío en cuanto a ropa. Colgaban unas cuantas perchas, eso era todo. Tampoco había nada en los cajones. Ni en el cuarto de baño. Nada. A todos los efectos y bajo todas las apariencias, aquella habitación estaba desocupada hacía tiempo. Tan desocupada como si nunca hubiera habido nadie en ella.

—Sería mejor que nos largásemos cuanto antes —aconsejó Minello.

La mirada de Brigitte se iba desplazando lentamente por la habitación. No había gran cosa que ver: cinco metros por tres y medio de espacio y un cuarto de baño. La periodista-espía se acercó a la ventana, y miró hacia la calle. Hacía sol, pero era un día frío. Seguro que en Florida se debía de estar estupendamente.

—¿Nos vamos o no? —insistió Minello, preocupado.

Ella asintió, echó un último vistazo en torno, y se dirigió hacia la puerta. De repente, su mirada quedó fija en el teléfono, colocado sobre la mesita de noche, junto a la cama. Se acercó al aparato y

estuvo observándolo quizá medio minuto. De pronto, agarró todo el bloque, y lo alzó, dándole la vuelta, para contemplar su base.

—¿Qué haces? —Se impacientó Minello—. ¡Vámonos ya!

—Sí —murmuró Brigitte—, vámonos.

Minello fue hacia la puerta, la abrió, y se volvió hacia Brigitte, que colocaba el teléfono en su sitio.

Salieron los dos.

El ascensor estaba en el mismo sitio. No era una hora de mucho movimiento, apenas las once de la mañana. Descendieron a la planta. El conserje abrió unos ojos como cocos cuando de nuevo divisó aquella maravilla de mujer, aquel monumento de carne y hueso y con los más bellos ojos azules del mundo. Parecía al borde del desmayo cuando ella se colocó ante él, mostrador de por medio, y le sonrió con expresión que sugería amabilidades y cariños.

—Hemos subido a ver al señor Fox, pero no contesta, de modo que quizá nos hemos equivocado de habitación.

—No hay ningún señor Fox en el hotel, en estos momentos —consiguió reaccionar el conserje, lívido de emoción.

—¿Cómo que no? —Saltó Frankie—. ¡Ya lo creo que hay un señor Fox en este hotel! N. Fox, habitación 612.

El conserje alzó las cejas, con gesto de perplejidad. Abrió uno de los cajoncitos de un vetusto mueble situado a su izquierda sobre el mostrador, y pasó entre sus dedos algunas de las tarjetas que contenía. Movió la cabeza, cerró el cajoncito, y miró enfurruñado a Minello.

—Ningún señor Fox, amigo —gruñó—. Hace ocho días que no está ocupada la habitación 612.

—Oiga usted… —empezó con tono amenazador el irascible Minello.

—Déjalo, Frankie, por favor —intervino suavemente Brigitte—… Ya te dije que no estaba segura de haber entendido bien el nombre del hotel. Tendremos que esperar a que él vuelva a llamarnos.

Minello se volvió a mirarla, ya enfadado, y entonces miró directa y fijamente los ojos de Brigitte; inmediatamente, cerró la boca, y eso fue todo. Brigitte le dio las gracias al conserje, tomó de un brazo a Minello, y tiró de él hacia la calle.

No le dio tiempo a preguntar nada.

—Vas a tomar el avión, Frankie. Si es necesario, hasta Miami,

pero sería mejor a Jacksonville, que queda más cerca de ese pueblecito llamado Rockville. Seguramente estará todo cercado por la policía, el FBI y toda clase de material y personal médico, y no te dejarán examinar nada, pero me esperas allí, con un coche alquilado.

—Zambomba —relucieron los ojos de Frankie—… ¡por fin otra vez en acción con la agente Baby!

—No te metas en líos en mi ausencia —sonrió como de mala gana Brigitte—. Sólo quiero que mires. Frankie: sólo eso, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo, pero… ¿qué he de mirar?

—Tú ve allá, permanece lo más cerca que puedas del lugar del accidente, y mira. Frankie: no hagas nada más.

—¡Qué pesada te pones! Pero está bien, sólo miraré. ¿Cuándo te reunirás conmigo?

—Tan pronto como me sea posible. Quizá mañana mismo.

—De acuerdo. Eh, un momento, un momento —pareció caer en la cuenta el periodista deportivo—: ¿adónde vas tú?

—A Langley, a la Central.

* * *

El joven ayudante de *Mr.* Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, estaba casi tan rojo como un tomate, y no sabía adónde mirar. Cada vez que comenzaba a hablar tenía que controlar un fuerte tartamudeo que casi habría resultado gracioso en otros momentos.

—O sea —le miraba amablemente Brigitte—, que *Mr.* Cavanagh está ausente de Langley, y usted no sabe dónde está ni cuándo volverá.

—S-s-sí, e-e-e-exac-exactamente, sí… ¡Exactamente!

—Exactamente —repitió Brigitte, fija su azul mirada en los despavoridos ojos del segundo secretario—… ¿Y tampoco puede decirme dónde está Ralph?

—Pu-pu-pues la… la verdad es que… que no. Él se… se fue hace dos días, pero no me… me dijo adónde.

—Tal vez se fue con *Mr.* Cavanagh —sugirió Brigitte.

—¡Oh, no! No, no, se… se fueron por separado.

—Y hace de eso dos días.

—Sí, dos días, e-e-e…

—Exactamente —terminó por él la señorita Montfort—… Oiga, jovencito, usted sabe quién soy yo, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! —Se iluminó el atribulado rostro del muchacho—. ¡Usted es la agente Baby!

—Ssst —se llevó Brigitte un dedo a los labios.

El joven secretario se sobresaltó, y miró atemorizado a todos lados. Acto seguido captó la sonrisita irónica de la visitante, se mosqueó, y terminó por sonreír simpáticamente. Brigitte también sonrió.

—Bueno —suspiró—, ya veré al jefe en otra ocasión. ¿Será tan amable de avisar al Archivo que bajo a examinar unos ficheros?

—Oh, sí… ¡Con mucho gusto!

—Gracias. Es usted muy amable… Seguiremos viéndonos.

—¡Estoy a su disposición!

Brigitte seguía mirándolo amablemente. Se había dado perfecta cuenta del mal rato que estaba pasando el joven burócrata de la CIA desde que ella había aparecido en el antedespacho de *Mr*. Cavanagh. Ni siquiera pensó en asegurarse de que, en efecto, *Mr*. Cavanagh no estaba en su despacho. Todo tiene un límite: si su viejo amigo decía que no estaba era que no estaba. Mejor dicho, si el secretario decía que el jefe estaba ausente era porque el jefe se había ausentado. Así de simple.

Se despidió del secretario guiñándole simpáticamente un ojo, y salió del amplio antedespacho. Segundos después tomaba un ascensor que la dejaría en la planta de Archivos, donde, ciertamente, nadie tuvo que oponer nada a que ella buscase todo cuanto le viniera en gusto en toda clase de material, la mayor parte del cual sólo estaba disponible para los más altos jefes de la CIA.

De todos modos, la agente Baby perdió el tiempo, porque allá, en los Archivos del personal de la CIA, no constaba en parte alguna el nombre de Harriman Nixon Fox.

Capítulo II

Clarence Hadaway había sido propuesto secretamente para director del FBI un total de tres veces, hasta que los mismos que le apoyaban por sus muchos méritos se dieron cuenta de que era el propio Hadaway quien no quería ser director de tan famoso y eficiente organismo.

¿Por qué? Clarence Hadaway había sido tajante en su respuesta: él quería trabajar en el FBI en las labores propias del FBI, no representándolo en situaciones que no le agradaban en absoluto, como eran componendas políticas, ni asistiendo a feroces luchas internas del propio FBI y de diversos organismos operacionales de los Estados Unidos. Por tanto, declinó definitivamente el honor que le hacían y se dedicó a lo de siempre, esto es, a la lucha contra el espionaje extranjero básicamente.

Con todo, naturalmente, el puesto alcanzado por Hadaway dentro del FBI era de los más cercanos a la dirección, y su poder dentro del Bureau era ilimitado. Es más: el actual director sabía que debía su puesto a la negativa por parte de Clarence a ocuparlo, y le estaba muy afectuosamente agradecido.

En la actualidad, a sus cincuenta y cinco años, Hadaway sentía respeto por muy pocas personas de este mundo, y se podían contar con los dedos de una mano aquellas por las cuales sentía afecto. Pero había una persona hacia la cual sentía ambas cosas y en una medida extraordinaria. Por una sencilla razón: aquella persona era como él. Es decir, honesta, valiente, inteligente, incapaz de realizar en provecho propio ninguna de las asquerosas maniobras que con tanta naturalidad realizan los advenedizos de la vida, la gente de baja categoría humana.

De modo que no es de extrañar que Hadaway sonriese al entrar en aquella discreta cafetería de carretera y ver sentada ante una mesita a esa persona, que se puso en pie al verlo y, a su vez, le

sonrió, con su encanto habitual, con su expresión de persona realmente evolucionada. Se acercó a ella, le dio un beso de amor eterno en los labios, y luego miró sus azules ojos llenos de toda la hermosura de la vida.

—Santo Dios —murmuró—… Cada día tienes más luz, Brigitte.

—¿Como las estrellas que van camino de la extinción? —rió ella.

—No digas barbaridades. Eres tan hermosa que te sales de los cánones de este mundo.

—¡Vamos, Clarence, no seas exagerado!

—En el fondo tú sabes que tengo razón, aunque ahora adoptes esa actitud de falsa modestia. Pero en fin, no vamos a discutir sobre algo que es más que evidente: tu belleza y tu gracia personal. ¿Estás tomando café?

—Por tomar algo.

Brigitte se sentó, y Clarence hizo lo mismo, frente a ella, dejando el portafolios en la silla contigua. Brigitte le ofreció cigarrillos. El dueño de la tranquila, confortable y casi elegante cafetería se acercó, asintió al pedirle Clarence un café, y se retiró en busca de ello. Hadaway, que miraba como fascinado a Brigitte, terminó por mover la cabeza con un gesto como de resignación.

—En fin —dijo—, cada cual es como es. Unos nacen bellacos y otros nacen dioses. O diosas, claro está.

—Ya que te pones en este plan, te diré que tú también eres y estás muy guapo, aunque te vayas haciendo mayorcito —rió Brigitte.

—Sí, ya estoy al corriente de esto, pues tengo más éxito que nunca. ¿No es curioso? ¡Con la de jovencitos formidables que hay por estos mundos, y resulta que las mujeres me miran a mí con expresión de ensueño! ¡Vamos, que soy algo así como el Príncipe Azul!

—Bromas aparte, estoy segura de que es verdad que enamoras a las mujeres…, incluso a las jovencitas.

—Ya. Bien, naturalmente te he traído lo que me pediste esta mañana por teléfono desde Nueva York, pero me gustaría que me aclarases una cosa.

—Por supuesto.

—¿Acaso esa clase de información no podías conseguirla en Langley?

—Tenía el pálpito de que no iba a encontrar esa información en los Archivos de Langley. Y así ha sido.

—¿Cómo? —Parpadeó Hadaway—. ¿En los Archivos de la CIA no consta el nombre de Harriman Nixon Fox?

—No.

—Eso es absurdo, Brigitte.

—Ya veremos. Déjame ver esa ficha.

Clarence sacó de su portafolios una carpeta, dentro de la cual había unas fotocopias en tamaño reducido de fichas del FBI… En esas fichas constaba el nombre de Harriman Nixon Fox, todos los datos personales del mismo, sus actividades, y, en fin, todo su historial…, incluido el hecho de que, desde hacía más de nueve años era agente de la *Central Inteligence Agency*, la CIA. Además de todos los datos, había una fotocopia ahora en colores y en tamaño grande de una fotografía de Harriman Nixon Fox, que era un hombre de alrededor de cuarenta años, atractivo, pelirrojo y de ojos oscuros, sumamente penetrantes, inteligentes, inquisitivos.

Cuando Brigitte terminó de leer la ficha que el FBI tenía del agente de la CIA Harriman Nixon Fox, Clarence estaba terminando su café y había encendido otro cigarrillo, y dejaba pasar el tiempo contemplando plácidamente la belleza de su más querida y admirada amiga.

Brigitte cerró cuidadosamente la carpeta, y la devolvió a Hadaway, murmurando:

—O sea, que la CIA me ha quitado del camino a Fox.

—¿Puedo saber a qué te refieres exactamente?

Brigitte lo explicó, terminando con estas palabras:

—Estuve segura de que ocurría algo extraño cuando fui a ver a Cavanagh y él no estaba, ni tampoco Ralph, su ayudante desde hace tantos años. Estoy segura de que Cavanagh me dejó al muchacho aquel para que yo me diera cuenta de que me estaban mintiendo, y que él se había ausentado para no tener que mentirme él personalmente. Y lo mismo hizo Ralph.

—Sí, comprendo… De manera que estás interesada por el accidente de Rockville.

—Sobre todo desde que Fox me dijo que había sido cosa del poder invencible.

—Dudo mucho que haya en el mundo ningún poder realmente

invencible. Y si todo esto no me lo estuvieras contando tú me parecería una fantasía.

—Tengo la impresión de que Fox llegó a temer que yo pensara algo así, de modo que me dejó algunos cabellos suyos.

—¿Algunos cabellos? —se sorprendió Hadaway.

—Los recogí sin que Frankie se diese cuenta, mientras él me volvía la espalda para abrir la puerta de la habitación 612 —Brigitte sacó un papel doblado, que extendió mostrando su contenido, varios cabellos rojizos—... Estaban pegados con saliva a la base del teléfono desde el cual Fox me llamó al Morning News.

—Es decir, que efectivamente lo estaban buscando, lo localizaron precisamente mientras él hablaba contigo, y muy poco después, él, comprendiendo que se lo iban a llevar, te dejó como constancia de su presencia y existencia unos cuantos cabellos..., evidentemente convencido de que su admirada Baby iba a encontrar la pista. Una pista que él sabía que la CIA iba a borrar.

—Eso creo.

—O sea, que se lo llevaron los de la CIA.

—¿Quién, si no, Clarence? Si hubieran sido enemigos de la CIA no habrían desaprovechado la ocasión de cazar a la agente Baby, pero, sobre todo, ¿cómo alguien ajeno a la CIA iba a poder retirar de los Archivos del Personal en la Central todo lo referente a un agente?

—Cierto. Sí, claro, tienes razón.

—Te diré más —sonrió irónicamente la divina—: el conserje que había en el Gipsy Hotel cuando llegamos Frankie y yo, era un Simón. No nos atendió el conserje verdadero, que debió de ser retirado a toda prisa, sino un agente de la CIA que me contemplaba enamorado: aquel muchacho sabía que yo era la agente Baby..., pero obedecía órdenes. En quince minutos localizaron a Fox, limpiaron su habitación, la dejaron como si hiciera una semana que no se alojaba nadie allí, y cambiaron el conserje.

—Un trabajo fino —sonrió secamente Hadaway—..., pero se olvidaron de los cabellos de Fox. Dicho de otro modo, no tuvieron realmente en cuenta que se las estaban viendo con Baby.

—Ellos, los muchachos, no, no pensaron seriamente en ello. Pero lo indudable es que alguien pretende escamotearme información sobre lo sucedido en Rockville y ese... poder invencible. Clarence,

ese… accidente quizá no fue tal, quizá fue algo… planeado.

—¿Por la CIA? —Respingó Hadaway.

—No, no —palideció Brigitte—… ¡Cielos, claro que no!

—En cualquier caso, si realmente hay alguien capaz de planear algo así bien se merece una… reprimenda, ¿verdad?

—Se me ha ocurrido que incluso no sucedió exactamente lo que se había planeado, sino que todo terminó en ese accidente cuando lo que se pretendía era otra cosa. Pero algo se pretendía, algo que Fox sabe y que la CIA también sabe…, o al menos los altos estamentos de la CIA. Algo que tiene algo que ver con alguna cosa a la que llaman Poder Invencible. ¡Si no estuviese ocurriendo algo… insólito, simplemente Fox no habría corrido el riesgo ni cometido la indiscreción de llamar a Brigitte Montfort para requerirla como Baby!

—Creo que tienes razón. ¿Tengo que ayudarte a encontrar a Fox?

—No. Eso lo vamos a dejar correr, en la confianza de que a Fox no le ocurra nada, salvo que está confinado en algún lugar seguro y desde el cual no pueda volver a comunicarse conmigo. Ya lo recuperaremos. Lo que quiero pedirte es que me facilites toda la información que el FBI obtenga de la caja negra del jumbo siniestrado.

—De acuerdo.

—¡Fiuuuu! —Silbó graciosamente Brigitte, echándose hacia atrás en la silla—. ¡Temí que tendría que luchar mucho para convencerte!

—Claro que no —sonrió Hadaway—. Ya sabes que siempre estoy encantado de intercambiar información contigo.

—¡Eres un zorro! —Rió Brigitte—. Pero claro está que así lo haremos. Es más: yo ya te he facilitado abundante e interesante información, ¿no lo crees así?

—Sin la menor duda. Pero voy a ponerte unas condiciones realmente duras, Brigitte.

—Oh, no.

—Lo siento. Mira, si realmente la CIA tiene algo que ver con todo esto de un modo u otro, significa que nosotros, el FBI, nos vamos a encontrar con dificultades no poco sorprendentes y arduas en la investigación que este asunto pueda generar. Y a mí no me gusta que el FBI vaya haciendo el tonto por ahí manipulado por la

CIA. De manera que yo voy a proporcionarte todo cuanto me pidas, pero no quiero que el FBI haga el tonto y que al final nos quedemos sin saber qué ha ocurrido. ¿Me he explicado?

—Ya lo creo que sí. Y tienes razón al hablar así, y derecho al pedir esa contrapartida. De acuerdo. El trato está hecho.

—Perfecto —sonrió Clarence—. ¿Adónde puedo llamarte para pasarte información?

—Yo te iré llamando a ti a menudo desde donde me halle. Bueno…

—¿Qué más hay? —Frunció simpáticamente el ceño Hadaway.

—Supongo que a ti también se te ha ocurrido que en las altas esferas del FBI y de la CIA haya habido un acuerdo sobre este asunto, con lo cual tú y yo nos vamos a encontrar en una situación un tanto… absurda.

—Brigitte, tú y yo somos de las altas esferas del FBI y de la CIA.

—Yo, no siempre. Cuando hacen cosas repugnantes me las ocultan. Y quizá, de un modo u otro, ahora estén haciendo algo repugnante. Clarence, si en determinado momento no puedes pasarme información, yo lo entenderé.

—¿Qué es lo que entenderás?

—Que el FBI también toma parte en el juego y que consideras que es mejor que yo me mantenga al margen.

—Maldita sea —masculló Hadaway—… Las personas como nosotros no deberíamos dedicarnos a estas cosas.

—¿A qué deberíamos dedicarnos?

—¡Qué sé yo…! A componer música, a jardineros, a escribir poemas de amor… Esta clase de vida atrapa a dos personas sensibles y las convierte en dos fieras.

—Yo no soy una fiera. Es por eso que te he dicho que si no puedes pasarme información, lo entenderé. Supongo que pagas tú los cafés.

—Me gustaría que cenásemos juntos.

—Lo siento, Clarence, pero tengo que ir a Foster Dulles para tomar el primer avión que despegue hacia Miami. Tengo allá a Frankie, él solito…, ¡y no me siento nada tranquila!

—Frankie no es ningún tonto.

—¡Eso ya lo sé! Pero también es de los que deberían dedicarse a componer música, a la jardinería, o a escribir poemas de amor…, de

modo que no quiero dejarlo solo. Gracias por todo, Clarence. Te iré llamando cada dos o tres horas.

—Siempre que quieras —murmuró Hadaway.

Brigitte asintió, se puso en pie, y se inclinó para besar al hombre del FBI. Luego, abandonó el local, seguida por la mirada de Clarence…, y del resto de fascinados parroquianos del café. A través de los cristales de la ventana, Clarence vio a Brigitte meterse en un automóvil y partir.

* * *

Frankie vio por el retrovisor lateral el coche que se detenía detrás del suyo en el arcén. Antes de que las luces del recién llegado vehículo fuesen apagadas, los faros emitieron varios destellos seguidos. Frankie lanzó una exclamación, se apeó, y fue rápidamente hacia el coche recién llegado. Unos segundos más tarde se sentaba junto a Brigitte, que instalada ante el volante del coche alquilado estaba encendiendo un cigarrillo.

—¡Son las dos y media de la madrugada! —aulló Minello.

—¿Y qué?

—¡Que ya empezaba a temer que te hubiera ocurrido algo!

—Lo siento, Frankie. No sólo tuve una entrevista con Hadaway, sino que preferí esperar un avión a Jacksonville para no conducir tanto con coche alquilado, como habría ocurrido si hubiera ido a Miami… Además —sonrió maliciosamente—, como sabía que el asunto aquí estaba bien atendido, no me di prisa especial.

—Qué bien hablas —se embobó Minello—… ¡Tu voz es música!

—Eres muy amable —Brigitte le besó en un lado de la boca—… Bien, ¿cómo están las cosas por aquí? ¡Frankie! ¡Frankie, no hagas el tonto!

Minello, que se había desmadejado en el asiento, relajándose totalmente y con los ojos cerrados, abrió uno y dijo:

—No estoy haciendo el tonto… ¡Me has desmayado con tu beso de princesa encantada que ha venido a salvar al príncipe!

—¿Príncipe? Lo que tú eres es un rey… ¡pero de las tonterías! ¡Haz el favor de dejar de hacer el payaso!

—Es que me gusta —se enderezó Minello en el asiento—… Muchas veces pienso que yo debí ser payaso, para divertir a los

niños, y no periodista, para informar a los mayores de lo malo que es el mundo.

—Me parece que tienes razón —murmuró Brigitte—. Pero, Frankie, lo que tenemos que hacer ahora es ocuparnos de este asunto, porque si hay algún responsable quiero que pague.

—Ya sabemos que hay un responsable: el poder invencible. ¿Qué dice Hadaway al respecto?

—No tiene ni idea, como nosotros. ¿Qué ha pasado aquí?

—Nada. Ya lo ves —Minello señaló fuera del coche—: docenas de coches ocupados por periodistas esperando permiso para entrar en el recinto y meter las narices en todas partas. Pero no hay manera: el FBI y la policía han acordonado la zona de modo que ni el hombre invisible podría entrar ahí… Se me ocurrió que podía intentar colarme disfrazado de enfermera en una ambulancia, pero me pareció… poco respetuoso para los muertos.

—Tienes un punto de vista muy especial —murmuró Brigitte—… De modo que todo sigue igual, todo acordonado, sin permiso de entrada para nadie.

—No ha de ser agradable contemplar lo que ha quedado de Rockville… y de sus habitantes —murmuró Minello.

Brigitte miró hacia delante, donde había bastantes más coches, de periodistas que, como Frankie, esperaban su oportunidad. En realidad había coches por todas partas, incluso fuera de la carretera, con sus ocupantes durmiendo por turnos, a la espera de alguna autorización. Autorización que se le había negado expresamente y de modo especial a la radio y, sobre todo, a la prensa… La entrada a Rockville por el norte era un campamento de profesionales de la información, y, claro, por el sur debía de ocurrir lo mismo.

Pero nadie conseguía pasar más allá del cerco establecido por la policía y el FBI. Un cerco que dejaba la localidad de Rockville y toda la zona por la que se habían esparcido los restos del jumbo, completamente protegida de cualquier intromisión. A lo lejos se veían luces rojas y destellos de luces azules. En aquel momento aterrizaban dos helicópteros. Los focos de los grandes aparatos traídos expresamente al lugar parecían gigantescos ojos vigilando la noche.

—Vámonos, Frankie —murmuró Brigitte—. Dejaremos tu coche donde está y nos iremos con éste a algún sitio donde podamos

descansar… y llamar a Clarence.

—*Okay*. Voy a cerrar el coche y vuelvo —Minello así lo hizo, regresó a sentarse junto a Brigitte, y preguntó—… ¿Qué te dijo Hadaway?

—Por el camino te lo explico. No muy lejos de aquí he visto un hotel que me ha parecido aceptable.

—Estupendo. Pediremos una habitación.

—Pediremos dos habitaciones.

—Eres una despilfarradora.

—Esperemos que el cielo no me lo tenga en cuenta. Por cierto: naturalmente Harriman Nixon Fox existe. Hadaway me trajo su ficha, y…

* * *

—Gracias, Clarence —susurró Brigitte—… Te llamaré a las ocho de la mañana, si te parece bien.

—…

—Gracias de nuevo.

Brigitte colgó, y quedó como ensimismada. Minello, sentado en el borde de la cama, la contemplaba seriamente. Sabía ya, por la actitud de Brigitte durante su conversación con Clarence Hadaway, que de alguna manera la madeja se iba desenredando; o que, cuando menos, Brigitte iba obteniendo informaciones de considerable interés.

—¿Qué te ha dicho? —inquirió por fin. Brigitte lo miró, y movió la cabeza.

—Ya conoce el contenido de la caja negra. No hay registro alguno de avería, ni alarma de ninguna clase. Simplemente, el avión se estrelló.

—Un jumbo no se estrella simplemente. Además, sé que Hadaway te ha dicho algo que te ha impresionado mucho. ¿Qué ha sido?

—El comandante del avión siniestrado se llamaba Peter Nolan. Su voz, por supuesto plenamente identificada, está en la caja negra.

—¿Y qué dice? —entornó los párpados Minello.

—Según Clarence, las palabras de Nolan se entienden perfectamente. Dice: Pero… Dios, ¿qué… qué estamos haciendo?

Minello contemplaba a Brigitte como hipnotizado. Y Brigitte parecía no menos hipnotizada que él. Por fin, Frankie se pasó la lengua por los labios y murmuró:

—¿Qué supones tú que estaban haciendo? ¿Alguna maniobra… incorrecta?

Brigitte abrió la boca para contestar. Y en aquel preciso momento sonaron unos golpecitos en la puerta. Cambiaron una mirada, y Frankie hizo intención de ir hacia la puerta, pero Brigitte se le adelantó. Se colocó a un lado, y preguntó:

—¿Quién es?

—Señorita Montfort, abra, se lo ruego.

—Son más de las tres de la madrugada, señor… ¿Quién es usted?

Hubo una breve pausa. Luego, se oyó de nuevo la voz bien timbrada y en perfecto inglés:

—Me llamo Mihail Yuvenko, y soy un periodista ruso…, un colega de usted.

—¡La madre que…! —jadeó Minello, con los ojos desorbitados —. ¡Si ya lo decía yo, no podía fallar! ¡Ya tenemos aquí a los rusos!

Capítulo III

Brigitte abrió la puerta. Frente a ella quedó visible un sujeto de más de metro ochenta, unos treinta y cinco años, pelirrojo, de ojos verdes y con una sonrisa que partía los corazones. A su lado, Robert Redford era un engendro abominable.

—Es usted muy amable —dijo el llamado Mihail Yuvenko—. Me he permitido molestarles porque he supuesto que están aquí por trabajo, no por… esparcimientos personales. Les vi en la carretera, ya saben. ¿Qué tal, señor Minello? —saludó, asomando la cabeza.

—Oiga —se plantó Frankie ante la puerta—, ¿quién es usted, tío listo?

—Ya lo he dicho: Mih…

—Pase, señor Yuvenko —cortó Brigitte—. No son horas de sostener conversaciones en un pasillo de hotel.

—Eso me pareció —asintió Yuvenko, entrando.

Brigitte cerró la puerta, y casi rió al ver la hostilidad con que Frankie miraba al ruso.

—De veras —insistió el guapísimo Yuvenko—, espero no molestar.

—¿Qué es lo que quiere usted? —se interesó amablemente Brigitte.

—Bueno, verá, yo estaba allí cuando llegó usted. Ya había visto al señor Minello, y cuando vi que él iba a otro coche, me interesé. Imagínese mi sorpresa cuando logré identificarla a usted dentro del coche recién llegado… Pero claro, mi sorpresa duró poco, ya que los conozco a ambos, pues son dos grandes periodistas que trabajaban en Nueva York. Por cierto, en los últimos artículos del señor Minello sobre las Olimpiadas de Seúl…

—Señor Yuvenko: ¿qué quiere usted de nosotros? —cortó Brigitte.

—Mmmm… ¿Voy directo al grano y con la verdad por delante?

—Se lo rogamos. ¿Verdad, Frankie?

—Sí, se lo rogamos —asintió agresivamente Minello—. Así que, venga, amiguito, al grano y en serio.

—De acuerdo. Quien me interesa es la señorita Montfort, pues no sólo es la mejor periodista de América…

—Del mundo —corrigió Frankie.

—Es cierto; del mundo —sonrió Yuvenko—. No sólo es la mejor periodista del mundo, sino, generalmente, la mejor informada. De modo que, al verla en la zona, se me ha ocurrido que ella podría informarme de las muchas cosas que sin duda sabe sobre el accidente. A cambio de ello, quizá yo pueda decirle algo que ella ignora.

—Lo dudo, señor Yuvenko —dijo Brigitte.

—No perdemos nada probando —sonrió una vez más el guapísimo.

—Pruebe a ver. Y si lo que usted dice es nuevo para mí y además es una información que valga la pena, le corresponderé proporcionalmente. Pero si prefiere no confiar en mí…

—¡Qué ocurrencia! ¡Claro que confío en usted! Sé muy bien cómo son las personas nada más mirándolas a los ojos. A este respecto, el de los ojos, debo decirle que hace tiempo que estoy enamorado de usted, desde que la vi en una entrevista en televisión. Cuando vi sus ojos…

—Este tipo quiere que le parta la cara —masculló Frankie, cerrando los puños.

—Tranquilízate, Frankie. Y usted, señor Yuvenko, deje por el momento sus declaraciones de amor, que por otro lado me parecen muy simpáticas, y dígame qué sabe usted que cree que yo ignoro.

—¿Conoce usted al general Savage? El general Ian Savage, el jefe del Pentágono, naturalmente.

—Le conozco bastante bien, incluso somos amigos personales. No para irnos juntos de copas, pero son muchos años encontrándonos aquí y allá.

—Sí, claro. Bien: hace unos días el general Savage recibió una amenaza en un sobre franqueado normalmente y dirigido a él en el Pentágono. La amenaza indicaba bien claramente que si el general no ordenaba en determinado día que todo el personal del Pentágono desalojara éste obedeciendo instrucciones que seguirían,

el avión que hacía la travesía San Francisco-Miami sufriría un gravísimo accidente de consecuencias imprevisibles.

Brigitte estaba lívida. Minello también, y además paralizado por el pasmo. El ruso ya no sonreía. Nadie sonreía. Por fin, Frankie jadeó:

—Usted está loco.

—¿Y qué contestó el general Savage? —susurró Brigitte.

—El general Savage no contestó siguiendo las indicaciones del mensaje: simplemente, dijo que era cosa de un loco o un bromista y tiró el mensaje a la papelera.

—¿Y cómo se ha enterado usted de esto?

—Bueno, verá…

—¿Que cómo se ha enterado? —Saltó Minello—. ¡Es un maldito espía! Este tipo tiene de periodista lo mismo que yo de mariposa… ¡Es un maldito espía, un agente de la KGB! ¡Le voy a…!

—Frankie, por favor, siéntate en ese sillón y no digas nada más a menos que te controles. Señor Yuvenko, siéntese también usted, en ese otro sillón. ¿Quiere un cigarrillo?

—Sí, gracias —sonrió de nuevo el ruso.

—Yo no —dijo Minello—… ¡Yo no fumo!

—Cállate, Frankie, por favor. Por favor.

Minello torció el gesto, pero permaneció callado. Yuvenko ofreció la llama de su encendedor a Brigitte, y luego la aplicó al cigarrillo que ella le había obsequiado.

—Señorita Montfort —dijo el ruso, expeliendo humo—: ¿es usted una espía?

—¿Yo? ¡Qué barbaridad, claro que no!

—Sin embargo, si nos atenemos a los juicios del señor Minello, sí tendría que serlo, ya que es una periodista muy bien informada…

—Soy una periodista muy bien informada, pero no de los asuntos internos del Pentágono, señor Yuvenko. Ahora bien, como tampoco soy tonta, comprendo que el Pentágono esté sometido al… a la curiosidad de la KGB, del mismo modo que sin duda el Kremlin merece toda la curiosidad y atención posible por parte de la CIA. Pero ni usted ni yo somos espías ¿verdad?

—Claro que no.

—Entonces, hablemos como lo que somos: periodistas bien informados.

—Me parece muy bien. Pero permítame una aclaración: ¿usted tiene por costumbre revelar sus muy interesantes y fidedignas fuentes de información?

—Claro está que no.

—Yo tampoco.

—Usted es un cochino espía —le señaló Minello con un dedo—, y le vamos a denunciar inmediatamente al FBI.

—¿Sí? —inquirió Yuvenko, mirando a Brigitte.

—No —rechazó ésta—. Sigamos conversando.

—Por mi parte creo que ya he dicho bastante, ¿no le parece? Ahora es su turno.

—Es cierto. Lo que yo sé es que este asunto es cosa del poder invencible. ¿Le dice esto algo a usted?

—¿El poder invencible? No… No, en absoluto. ¿A qué se refiere?

—No tengo ni idea, pero sé que el accidente ha sido provocado o cuando menos auspiciado por ese poder invencible.

—Pero eso… no tiene ningún significado para mí, señorita Montfort.

—Para mí tampoco, pero es toda la información digamos… fuera de lo corriente que he conseguido obtener.

Mihail Yuvenko se veía claramente decepcionado. Y perplejo.

—Bueno —dijo por fin—…, lo único que se me ocurre decir es que no creo que exista ningún poder invencible.

—Nunca se sabe. Siento que mi información no le resulte de utilidad, señor Yuvenko. Más que nada porque la de usted sí me ha resultado útil a mí. De verdad lo siento.

—Yo creo que todavía puede ofrecerme algo que compense esta situación —sonrió Yuvenko—: podría usted facilitarme una entrevista con el general Savage.

—No sé dónde está en estos momentos.

—Yo sí: en Rockville. Si realmente es usted amiga personal de él no dudo que conseguirá que él la deje cruzar ese inflexible cerco que han montado alrededor del centro del accidente…, que según parece no ha sido tal accidente, sino el cumplimiento de la amenaza que le hicieron por carta al general.

—Es usted un periodista muy… incisivo.

—Me gustaría saber quién o quiénes han podido cometer semejante canallada…, y por qué motivos querían que el general

Savage ordenara que el Pentágono fuese desalojado. Me atrevo a suponer que a usted también le interesa una información de ese tipo para su periódico.

—Este sujeto —masculló Minello—, tiene la cara más dura que la cubierta de un portaaviones.

Brigitte sonrió a medias, mientras insistía en su observación de los ojos del periodista ruso. Por fin, inquirió:

—¿Tiene usted coche?

—Sí, claro. Les he seguido a ustedes con él.

—De acuerdo. Baje a esperarnos en el coche… No tardaremos más de cinco minutos. Tengo que hacer una gestión telefónica, para asegurarme de que, en efecto, el general Savage está en el lugar del accidente.

—Lo comprendo. Pero ya le digo que él está ahí. La espero abajo.

El ruso sacó de un bolsillo un artístico reloj con tapa, miró significativamente la hora y abandonó la habitación.

Brigitte estuvo unos segundos reflexionando. Luego, en efecto, recurrió al teléfono, para comunicarse de nuevo con Clarence Hadaway.

—Clarence, soy yo otra vez. Necesito más cosas para las ocho de la mañana. Una de ellas, todos los datos que puedas conseguirme sobre un tal Mihail Yuvenko, que dice ser periodista ruso y que anda metiendo sus simpáticas narices en este asunto. Luego, qué hay de cierto sobre una carta que recibió el general Savage respecto a que en determinado momento y siguiendo instrucciones de alguien debía desalojar completamente el Pentágono, so pena de provocar el accidente que nos está ocupando… ¿No sabías esto? ¿No conocías esta amenaza que le hicieron al general?

—¡…!

—Es extraño. ¿Ni siquiera se te ha comunicado ahora que el FBI y el general están trabajando juntos en el lugar del accidente?

—…

—Sí, quizás han considerado que esto se salía de tus obligaciones, pero a un directivo de tu nivel hay que informarlo de estas cosas, simplemente.

Vamos, Clarence, esto lo saben hasta los rusos, por tanto es absurdo que tú no lo supieras.

—¡…!

—Está bien, está bien, tómatelo con calma. ¿Podrás ayudarme en esto que acabo de pedirte? Y claro está, insiste en localizarme el domicilio de Harriman Nixon Fox… ¿Qué?

—…

—Ah, ¿eso ya lo sabes? Zambomba, vaya rapidez… ¿Dónde vive Fox?

—…

—Ah, ya. Sí, entiendo, entiendo, y queda anotado en mi archivo inaccesible —Brigitte se tocó la frente—. Gracias, Clarence. Te llamaré a las ocho.

Adiós.

Colgó, recogió su bolso, y se dirigió hacia la puerta, que abrió Minello, mientras inquiría:

—¿De modo que ya sabemos dónde vive tu Simón-Harriman Nixon Fox? ¿Dónde vive?

—No demasiado lejos de aquí. A unas cinco horas de coche. Pero a quien primero deseo ver ahora es al general Savage.

—¡Pero no irás a llevar a ese ruso!

—¿Por qué no? —Sonrió Brigitte—. Es un colega, Frankie, y hasta ahora es quien nos ha proporcionado una pista de altura… Quiero decir que nos ha resultado más útil que la CIA.

—Eso es verdad —masculló Minello.

Salieron del hotel, y, algo más alejado que sus coches, vieron otro, detenido en zona sombreada.

El lugar era muy tranquilo, y la hora no era precisamente la más adecuada para encontrar gente por la calle. Brigitte y Frankie llegaron al coche de Yuvenko por delante de éste, y vieron al ruso ante el volante. Alcanzaron el vehículo, Minello abrió la portezuela derecha de atrás, y Brigitte entró y se sentó justo detrás de Yuvenko. Minello entró también, y cerró la portezuela, diciendo:

—Escuche, colega, cuando usted explique en Rusia…

—Calla, Frankie —susurró Brigitte—: está muerto.

Minello respingó, y miró el rostro de Yuvenko utilizando el retrovisor. Brigitte pasó rápidamente con encantadora agilidad felina al asiento delantero, junto al ruso, que tenía los ojos abiertos y fijos. Ahora pudo ver la mancha de sangre justo sobre su corazón. La luz de una de las farolas iluminaba las facciones de Mihail

Yuvenko en su casi plácida expresión de despedida de la vida.

—¿Lo está? —susurró Minello.

—Claro.

Brigitte registró rápidamente las cosas de Yuvenko, pero no encontró absolutamente nada. Ni siquiera el gracioso reloj de bolsillo que pocos minutos antes había visto consultar al ruso. La cosa estaba bien clara: quien había asesinado a Mihail Yuvenko lo había despojado de todas sus pertenencias. Lo cual significaba que no deseaba que Yuvenko fuese identificado…, lo cual, a su vez, era absurdo, pues contando con el cadáver se podían hacer muchísimas averiguaciones en el sentido de averiguar la identidad de aquel hombre, desde repartir fotografías de su rostro a hacer lo mismo con las huellas digitales.

Y había otra cosa: aquel disparo había sido hecho prácticamente de frente a Yuvenko, y muy cerca.

Había sido un asesinato frío y eficaz, sin concesiones al más pequeño fallo: un disparo al corazón desde medio metro de distancia, y asunto terminado…

—Se acerca un coche —murmuró Minello.

Brigitte le miró, y acto seguido miró en la dirección en que lo estaba haciendo Minello.

Vio, en efecto, un automóvil oscuro, silencioso, que, proveniente del principio de la calle, se acercaba lentamente a la parte central, donde se hallaban ellos.

—Frankie, sal del coche —se crispó la voz de Brigitte—… ¡Salgamos de aquí enseguida!

Abrió la portezuela delantera derecha y se lanzó fuera del vehículo, mientras Minello hacía lo mismo por la portezuela de atrás. Ambos rodaron por la acera, y cuando comenzaban a ponerse en pie el otro vehículo se detenía, muy cerca del que contenía el cadáver de Yuvenko.

De la ventanilla delantera derecha del coche brotó un pequeño fogonazo. Inmediatamente, sonó la sorda explosión, y el automóvil en el que se hallaba el cadáver de Yuvenko quedó envuelto en una tremenda llamarada cuyo calor hizo gritar a Brigitte y Frankie, que se alejaron de un salto hasta la pared, donde quedaron como metidos en el fondo de un horno, pero reaccionaron a toda prisa, alejándose pegados a la pared…, mientras al otro lado de la

llamarada se oía el rechinar de unos neumáticos.

Sin dejar de correr dejando atrás el espantoso calor, Brigitte se alzó la falda, y agarró con la mano derecha la pistola que llevaba sujeta con esparadrapo al muslo izquierdo. Dando el inevitable rodeo a que la forzaba el calor en aquella zona, llegó corriendo a la calzada, extendió el brazo, y apuntó hacia el coche agresor, que se alejaba con toda la fuerza de arranque de su poderoso motor.

Brigitte ni se molestó en disparar. Habría acertado al coche, sin duda, pero no habría servido de nada. Simplemente, habría desperdiciado algunas balas.

En alguna parte, por encima del rugir del fuego que envolvía el coche de Yuvenko, se oían gritos de alarma.

La llamarada era enorme, increíble, y proporcionaba una iluminación infernal en toda la calle. Minello llegó junto a Brigitte, a la que miró con expresión desorbitada.

—¡Han podido dispararte! —vociferó.

—Larguémonos de aquí en tu coche —replicó ella.

Echaron a correr hacia el vehículo de Frankie.

Llegaron a éste, y apenas habían arrancado cuando aparecían en la calle algunas personas en ropa de dormir y algunas todavía poniéndose batas o prendas parecidas.

Todavía, antes de alejarse definitivamente del lugar, pudieron oír el aullido de la sirena de un coche policial.

—Zambomba —jadeó Frankie—… ¡Qué salvajada! Primero lo matan y luego lo quieren asar, para asegurarse de que está bien muerto…

—No, no lo han hecho por eso. Ya sabían que estaba bien muerto, pues le dispararon desde muy cerca. Lo que querían era que no quedase de él nada que pudiera ser identificado más pronto o más tarde. De modo que le quitaron todo lo que llevaba encima y luego han querido quemarlo para que no puedan tomarle las huellas digitales, ni tomarlas del coche. ¿Lo entiendes, Frankie? A efectos de posibles investigaciones nuestras será como si Mihail Yuvenko jamás hubiera existido.

—¡Pero nosotros sabemos que ha existido, y podremos…!

—No —movió la cabeza Brigitte—. Nosotros no haremos nada, en ese sentido. No tengo la menor intención de comprometernos más de lo que posiblemente ya lo estamos.

—¿Lo estamos? ¿Qué quieres decir?

—Alguien más nos siguió. Y si fue solamente Yuvenko quien se fijó en nosotros, lo siguieron a él, cierto, pero ahora que ya está muerto querrán saber a quién fue a visitar en ese hotel. Y si ven registrados a dos periodistas norteamericanos no les será difícil obtener conclusiones.

—¡Zambomba!

—Aunque quizá ya sepan nuestros nombres, pues el propio Yuvenko se lo debió de decir a su asesino.

—¡¿Qué?! —Respingó Minello.

—Quien lo mató era amigo o conocido suyo. Se acercó a Yuvenko sin que éste desconfiara lo más mínimo. Tal vez antes de matarlo hablara con él, le hiciera algunas preguntas. O tal vez no, tal vez, simplemente, mientras Yuvenko le saludaba le metió la bala en el corazón.

—Zambomba y rezambomba… ¡Ya sabía yo que interviniendo tú las cosas nunca serían simples!

—Me estás haciendo sentir como… un ave de mal agüero, como si yo propiciara desgracias y acontecimientos nefastos, Frankie.

—¡No he querido decir semejante cosa! —Protestó Minello—. ¡Lo que he querido decir es que tienes más olfato que nadie, de modo que cuando tú sientes interés por algún acontecimiento es porque está ocurriendo algo gordo!

—Ah. Bueno, eso es otra cosa.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Tal y como están las cosas, y estando donde estamos… ¿qué crees tú que tenemos que hacer?

—Si yo fuese tú, y siendo amiga del general Savage, iría a hacerle unas cuantas preguntas a ese tipo que tiró a la papelera una carta en la que se hacía una amenaza tan horrorosa.

—Como siempre, has acertado. Volvamos a la zona de la catástrofe… Aunque no sé por qué tengo la impresión de que el general Savage no va a mostrarse muy dispuesto a hablar conmigo.

Capítulo IV

El general Ian Savage apareció, por fin, cuando hacía quince minutos que había amanecido.

Un día espléndido, que disipaba no sólo la oscuridad, sino la sensación de presagios sombríos.

Como siempre, la luz del sol hacía parecer menos terribles las cosas terribles. En cualquier caso, desde la distancia a que se veían obligados a permanecer los periodistas no era fácil que pudieran ver ni tan sólo una pequeña pieza del avión siniestrado. Ni siquiera se veían desde el lugar al cual habían sido conducidos Brigitte y Frankie, pasado el cerco de seguridad, es decir, adonde ningún otro periodista había conseguido llegar.

Ian Savage llegó en un pequeño automóvil cerrado, del cual se apeó con gestos nerviosos. Era de mediana estatura, de cuerpo enjuto, rostro enérgico y cabellos grises, que contrastaban con sus ojos azul claro. Debía de tener unos sesenta años, y pese a que vestía de paisano había en su porte un estilo inconfundible de militar de toda la vida. Por supuesto, había estudiado la carrera militar en West Point.

Simplemente, Ian Savage se metió en el coche de Minello, que se hallaba sentado ante el volante, pero vuelto hacia el asiento de atrás, para poder contemplar a su satisfacción al militar, que se había sentado junto a Brigitte, a la cual tendió la mano con gesto nervioso, pero cordial.

—¿Cómo está, señorita Montfort? —saludó con voz tensa.

—Mejor que usted —le sonrió Brigitte, intentando relajar un poco la situación—. Quiero decir que cuando menos no tengo tantos problemas. Aunque no personalmente, sin duda conoce usted a mi colega y amigo Frank Minello. Es director de la Sección Deportiva del Morning News.

—Sí, desde luego. Señor Minello…

—General… —murmuró Frankie.

—Espero que entienda —se dirigió de nuevo Savage a Brigitte— que si la he recibido ha sido como deferencia personal. Quiero decir que como buenos y antiguos conocidos que somos me tiene a su disposición…, pero como periodista no podré atenderla en lo más mínimo.

—Es decir —murmuró Brigitte— que esta entrevista no me servirá de nada a efectos periodísticos.

—Lo siento de veras, pero así es.

—Lo que significa que, puesto que yo he venido a conseguir precisamente información periodística, ya puedo volverme por donde he venido.

—Tampoco deseo que se lo tome de ese modo —se esforzó en sonreír Ian Savage—… Oh, vamos, estoy seguro de que usted comprende mi situación, señorita Montfort.

—Sin duda —asintió la divina—. Pero mi obligación es insistir en conseguir información. A mi vez, quizá podría yo decirle algo que a usted debe de interesarle. Es respecto a esa carta que usted recibió y que tiró a la papelera… Supongo que usted ya está enterado de que el contenido de esa carta ha trascendido.

—Claro que no —palideció Savage—… ¡Nadie salvo algunos de mis superiores más significados sabe eso!

—Vamos, general —le miró amablemente Brigitte—: el contenido de esa carta lo conocen incluso los rusos. Y no diré que lo conozcan, por ejemplo, los señores del Kremlin, o los señores de la KGB, pero lo que sí puedo asegurarle es que un periodista ruso estaba al corriente de ello.

—Usted… está bromeando —jadeó Savage.

—¿Realmente me cree usted tan vana y estúpida como para bromear en una situación como la actual?

—Lo siento, no… no he pretendido decir eso… ¡Maldita sea, esto es una catástrofe! ¡Un periodista ruso…! ¿Cómo ha sabido usted eso?

Brigitte se quedó mirando al general sonriendo de modo absolutamente encantador, pero no menos revelador de sus pensamientos. Ian Savage soltó un gruñido.

Ella le dio una palmadita en una mano.

—No se lo tome así —recomendó—. Mire, yo deseo obtener

alguna información, y a usted le conviene obtener determinadas informaciones. Si lo que usted me diga no conviene que por el momento sea dicho, mi periódico no lo dirá; incluso, si conviene, no lo dirá nunca. Pero, general, yo quiero saber.

—¿Qué quiere saber?

—¿Por qué tiró una carta como ésa a la papelera?

—Bueno, fue una… absurda rabieta. La tiré en un momento de furia, pero claro está que antes de finalizar la jornada la recogí, la desarrugué, y la archivé.

—Pero según parece, entre el momento en que la tiró y la recogió alguien pudo leerla.

—Desde luego. ¡Y eso es lo que nos tiene a todos tan tensos! Hace ya tiempo que muchas de las cosas del Pentágono llegan rápidamente a conocimiento de los rusos. Sabemos eso con toda certeza, pues los analistas de la CIA lo han detectado, y nos pusieron sobre aviso.

—Es decir, que alguien que está dentro del Pentágono está traicionando al Pentágono pasándole información a los rusos.

—La CIA dice que es más que evidente. Tuve una entrevista con ellos, y me lo demostraron: determinadas acciones y reacciones de los rusos sólo han podido producirse como consecuencia de conocer muchos de los proyectos y decisiones del Pentágono… Supongo que usted sabe cómo trabajan los analistas de la CIA.

—Tengo una ligera idea —contuvo Brigitte una sonrisa.

—Es muy simple. Por ejemplo, usted y yo estamos jugando una partida de ajedrez, y solamente el señor Minello la está presenciando. En un momento de ausencia de usted, yo comento mis próximas jugadas con el señor Minello. Más adelante de la partida, resulta que usted mueve sus piezas de tal modo que todos mis planes para la partida no sirven de nada… ¿Qué debo pensar?

—Que Frankie me ha revelado sus jugadas.

—Exacto. Sólo que dentro del Pentágono hay tanta gente que no resulta tan fácil llegar a una conclusión respecto a quién facilita información a los rusos.

—Pero, general, si los rusos ya tienen el sistema para conseguir información de los proyectos y decisiones del Pentágono… ¿para qué podrían pretender esa… aparatosa acción de desalojar el Pentágono?

—Evidentemente para entrar en él. Podrían enviar personal especializado en helicóptero, invadir todas nuestras salas y meter las narices en todas partes, y marcharse con toda la información que quisieran. Porque, claro está, los rusos obtienen información del Pentágono, pero no toda la que quisieran… Hay información a la que poquísimas personas tienen acceso, y es obvio que la persona o personas que informan a los rusos no pertenecen a nuestro restringido grupo con acceso a toda la información.

—Ya. Pero saben que existe esa información, y como no pueden conseguirla del modo habitual han ideado ese absurdo de que el Pentágono sea desalojado, que quede expedito a una incursión de expertos espías que accederían a toda la información por escondida que ésta se hallara. Y para demostrarles el mucho daño que pueden hacer han derribado ese jumbo con doscientos pasajeros a bordo.

—Así están las cosas, en efecto —masculló Ian Savage… ¿Qué es eso del periodista ruso?

Brigitte lo explicó, ante el asombro primero y la estupefacción al final por parte del general Savage.

Cuando Brigitte terminó, el general mostraba una clarísima y enorme confusión.

—Pero… no entiendo nada… Yo diría, como el señor Minello, que ese periodista ruso era un espía, que andaba por aquí queriendo saber todo lo que fuera posible sobre opiniones y reacciones oficiales. Pero… ¿quiénes lo mataron?

—Tal vez —deslizó suavemente Brigitte— las personas que desde dentro del Pentágono están facilitando información a los rusos.

—Eso no tiene sentido —quedó atónito Savage—. Si esas personas, evidentemente, trabajan para el espionaje soviético… ¿cómo habían de asesinar a un espía soviético?

—Vamos a plantearlo al revés —dijo muy despacio la mejor espía del mundo—. Si los rusos ya disponen de toda la información que es posible obtener dentro del Pentágono… ¿para qué habían de enviar a un muchacho como Yuvenko a investigar minucias sobre un accidente aéreo?

La estupefacción de Savage iba en aumento. Incluso parecía asustado. Por fin, masculló:

—Quizás ese Yuvenko no era ruso, pero se hacía pasar por

ruso…

—No. Yuvenko era ruso. Uno de esos últimos agentes de la KGB simpáticos y desenvueltos que están supliendo tan ventajosamente a los clásicos espías soviéticos del mal cine de hace años. Hoy, un agente de la KGB sería un encantador compañero para una velada deliciosa.

—¿Cómo se atreve a decir eso? —Gruñó Savage—. ¡Esos rusos…! Además, ¿qué sabe usted de espionaje, y de los nuevos agentes soviéticos y todo eso?

—Intuición femenina —sonrió Brigitte.

—¡Intuición femenina! —Savage soltó un resoplido—. ¡Jamás he oído disparate más grande! Y otra cosa: a mí, los rusos no me la pegan, ¿comprende lo que quiero decir? Mucho hablar de paz, mucho *Perestroika*, mucha habilidad y simpatía personal por parte de ese Gorbachov…, pero los rusos siempre serán los rusos. ¿Me he explicado?

—Desde luego —murmuró Brigitte—. Ha sido usted muy amable al acudir a conversar conmigo, general. Se lo agradezco sinceramente.

—Y yo le agradezco su información…, que me da mucho que pensar, francamente.

—Pues piense —sonrió de nuevo encantadoramente Brigitte.

Ian Savage asintió, se despidió de ambos, y salió del coche de Minello, el cual miraba fijamente a Brigitte.

—Ese tipo es un cretino —dijo por fin—. Y se ha definido él solito: los rusos siempre serán los rusos. Es tanto como decir que no confía en ellos, y que por lo que a él respecta no sería tan… amigable con ellos.

—Cada cual es como es, Frankie. Pero ahora vamos a dejar aparte al general Savage y su antipatía personal por los rusos y vamos a emprender ese viaje de cinco horas, a fin de tener una entrevista con la señora Fox…, si es que nos resulta posible.

—¿Por qué no ha de ser posible?

—Es un modo de hablar —Brigitte miró su relojito—… Y será mejor que no nos entretengamos demasiado, pues quiero llegar allá antes del mediodía, y deberemos detenernos a las ocho para llamar a Clarence desde cualquier teléfono…

—Y para comer algo, ¿no? —farfulló Minello.

—A las ocho pararemos para llamar a Clarence y comer algo… Ponte en marcha.

* * *

Eran las ocho y cinco minutos de la mañana cuando Brigitte acudía a sentarse a la mesa, frente a Minello, que esperaba impaciente con un formidable desayuno ante él, idéntico al que esperaba en el sitio de Brigitte, que hizo un gesto de espanto.

—¡Frankie, no puedo comerme todo esto! ¡Eres un bruto!

—Come y calla —dijo Minello—. Mejor dicho, come y dime qué ha dicho Hadaway.

—Si como no puedo hablar. Está feo hablar con la boca llena.

—Pues mírame a mí comer y mientras tanto explícame qué te ha dicho. Ya te llegará el turno de masticar.

—Pero con la mitad tengo suficiente… Mihail Yuvenko era, en efecto, un periodista ruso acreditado en Washington.

—Zambomba… ¡O sea, que era un espía, realmente!

—No todos los periodistas son espías, Frankie.

—No, claro… ¡Pero éste tenía que serlo!

—Tal vez. A decir verdad me inclino a creer que sí debido a lo que le hicieron: esas cosas les pasan a los espías, no a los periodistas.

—Comprendo. Entonces, tenemos un buen embrollo, ¿verdad? Por una parte, dentro del Pentágono hay traidores que facilitan información a los rusos Por otra parte, alguien que podrían ser los rusos o no ser los rusos, pretenden nada menos que entrar en el Pentágono como Pedro por su casa, y para conseguirlo no vacilan en hacer una demostración de… fuerza criminal, ocasionando una masacre. ¿Podrían ser los rusos quienes hubieran hecho esto?

—Claro que no.

—Entonces, interviene alguien que no son los rusos, que se han cargado a un espía ruso, que quiere saber más que los rusos respecto a los secretos del Pentágono, y que no han vacilado en cargarse a cuatrocientas personas provocando un accidente escalofriante y del cual sólo se tiene una pista: la voz del comandante del aparato diciendo «Pero… Dios, ¿qué… qué estamos haciendo?». ¿Correcto?

—Correcto, Frankie.

—¿Podrían ser los chinos?

—Claro que no.

—O sea, que tu Simón-Harriman Nixon Fox tenía razón: ha sido el poder invencible.

—Eso parece.

—Pues si es invencible lo vamos a pasar muy mal, ¿no te parece? ¿Qué ha dicho Hadaway sobre su ignorancia respecto a la carta amenazadora que recibió ese cretino del general Savage?

—Le han dado unas explicaciones más o menos creíbles y le han dicho que precisamente esta mañana habían pensado convocarlo para que participase en un debate de altos vuelos entre el FBI y la CIA sobre el asunto.

—¡Zambomba! —Exclamó realmente impresionado Minello—… ¿Y tú qué opinas al respecto?

—Opino que nosotros quizás obtengamos mejores resultados yendo a visitar a la señora Fox…, si es que nos resulta posible.

—¡Pero qué pesadez…! ¿Por qué no ha de ser posible?

* * *

Por una razón muy sencilla: la señora Fox no estaba en casa. O eso, o algo peor: que estuviera en casa pero estuviera muerta y no pudiera contestar.

—Quizá solamente es sorda y no oye el timbre del teléfono —sugirió Minello, enfurruñado porque una vez más Brigitte hubiera acertado en sus presentimientos—… Hay mucha gente sorda en el mundo. Además, ¿por qué tienes que llamarla antes de ir allá? Simplemente, vamos, y ya está.

—Desde luego que no —rechazó Brigitte, colgando el auricular del teléfono dentro de la cabina en la que se hallaban ambos—. No quiero chocar con la CIA, si es posible.

—¿Chocar con la CIA?

—Frankie, la CIA me quitó de las manos a Harriman Nixon Fox… ¿Crees que iba a dejarme a la señora Fox?

—¡Ni se me había ocurrido pensar en eso! —aulló Frank.

—Pues hay que pensar… Volvamos al coche: dentro de esta cabina hace mucho calor.

Abandonaron la cabina, y regresaron al coche, que Minello había estacionado allí mismo. Brigitte encendió pensativamente un cigarrillo. Era la tercera vez que llamaba a la señora Fox desde una cabina, mientras daba vueltas con el coche por la pequeña localidad en la que vivían los Fox. Evidentemente, no había nadie en casa de los Fox, así que cabía sospechar que la CIA, en efecto, se había apoderado también de la señora Fox. Con lo cual, Brigitte se quedaba sin poder preguntarle qué clase de trabajos hacía últimamente su marido (si es que ella lo sabía) y si le había hablado alguna vez de cosas… relativamente sorprendentes o inquietantes. Era muy poco probable que un agente de la CIA confiase esta clase de asuntos a su esposa…, pero nunca se sabe. Tampoco era muy corriente que un agente de la CIA estuviera casado, y allá estaba la señora Fox.

Es decir, no estaba. Pero estaba la casa, ¿no? ¿Qué podía haber en la casa de un agente de la CIA, casado, y además, según Clarence Hadaway, padre de una niña de siete años?

—Quizá tiene el teléfono estropeado —dijo Minello, también pensativo—… ¿Quieres que lo pregunte en la centralita?

—Bueno, hazlo. Y haz tú una última llamada.

Minello asintió, y salió del coche. Brigitte se quedó fumando, pensativa. Era un hermoso día, típicamente cálido en los Estados del Sur. Se hallaban en una pequeña localidad costera encantadora, cercana a Pensacola. Era un sitio agradable para vivir… ¿Continuaba con vida Fox? ¿Y su esposa?

Frank regresó, se sentó de nuevo ante el volante, y dijo:

—Su teléfono no está estropeado…, pero sigue sin contestar.

—Hay varias maneras de explicar eso… Una: la señora Fox se ha marchado voluntariamente de casa, con su hija. Dos: se las ha llevado la CIA.

Tres: las dos están muertas en casa. Cuatro: se las han llevado otras personas. Cinco: las dos están vivas en la casa, pero no quieren contestar. Seis: están vivas en la casa pero alguien que está con ellas no las deja contestar. Siete: ellas no están en la casa pero hay otras personas esperando que alguien vaya a la casa…

—Ocho —dijo Minello, pasmadísimo—: soy partidario de ir allá y terminar con las adivinanzas.

—Yo también —dijo secamente la espía más peligrosa del

mundo—. Pero con las debidas precauciones.

* * *

Llegó ante la puerta con toda naturalidad, introdujo la ganzúa en la cerradura, abrió y entró. Cerró la puerta tras ella. Su inmediata impresión fue que no había nadie en la casa. Todo era quietud, un silencio natural de soledad. Por dos de las ventanas del salón entraba el resplandor del sol.

Brigitte se acercó a una de esas ventanas, y miró al exterior procurando que desde el exterior no se la pudiera ver a ella; bien entendido que si alguien vigilaba la casa por supuesto que ya sabía que ella había entrado.

Desconfiando de la obediencia de Frankie, miró hacia el fondo de la avenida, temiendo que él, por estar más cerca de ella a fin de ayudadla si surgían dificultades, se hubiera acercado con el coche más de lo que las instrucciones de ella habían determinado. Pero no. Frankie permanecía alejado, no se le veía desde allí. O al menos, no se veía el coche…

Brigitte recorrió la casa de los Fox, que estaba en perfecto orden y armonía, tal como la dejaría una familia cuidadosa antes de marcharse de vacaciones. En realidad, Brigitte resumía la situación en sólo dos alternativas: una, que Harriman Nixon Fox había avisado a su familia antes de que él fuese encontrado, indicándoles que dejaran la casa; y dos, que Fox hubiera sido atrapado por la CIA y luego ésta se hubiera llevado tranquilamente y con buenos modales a la señora Fox y a su hija.

Como fuese, la casa estaba vacía. ¿Podía haber en ella algo revelador de todo o parte de aquel asunto? Las probabilidades eran mínimas, pero la espía dedicó unos veinte minutos a registrar primero someramente el dormitorio grande, y luego, más a fondo, el pequeño despacho que había en la parte de atrás, con una amplia ventana que se abría al jardín, en el que había, además de arbustos de flores y un hermoso castaño, una pequeña piscina… Había también, en el despacho, una caja fuerte empotrada en la pared y muy clásicamente oculta tras un cuadro. Brigitte necesitó menos de dos minutos para abrir esa caja fuerte, que no tenía conectada alarma alguna.

Dentro de la caja fuerte, cosas normales: algunas joyas no demasiado caras, un par de pasaportes a nombre de los Fox, documentos relativos a la propiedad de la casa… Nada importante ni significativo. Nada que de alguna manera hiciera mención del poder invencible.

Brigitte dejó la caja cerrada, colocó el cuadro en su sitio, y, por fin, salió de la casa, cuya puerta cerró también. Con toda naturalidad, emprendió el regreso al lugar donde habían convenido con Frankie que la estaría esperando. Cruzó la avenida, pasó a la otra acera igualmente amplia y con hermosos chalés al fondo…

El sol era tan intenso que Brigitte sacó del bolso unos lentes de sol y se los puso. Pensó en llamar a Frankie utilizando la pequeña radio, pero no valía la pena, pues lo vería antes de dos minutos…

Oyó el leve rumor del coche, y enseguida, sin volver los ojos, vislumbró su presencia a la derecha de ella, circulando pegado al bordillo. El coche la adelantó un poco, y se detuvo entre dos de las esbeltas palmeras que adornaban la tranquila avenida. Un hombre se apeó rápidamente, mirando a Brigitte, a la que sonrió obsequiosamente.

—¿Señora Fox? —inquirió.

La reacción de Brigitte fue instantánea.

—Sí —asintió deteniéndose—, soy yo.

—¿Podemos charlar unos minutos, señora Fox? —dijo amablemente el hombre, señalando su coche.

Brigitte asumió rápidamente su representación de la auténtica señora Fox: miró el coche, miró de nuevo al desconocido, y compuso en su rostro una expresión de leve desconfianza.

—No le conozco a usted —murmuró—… ¿Qué desea?

—Le aseguro que no debe temer nada de mí. Solamente quisiera decirle algo referente a su marido. Le estamos buscando… Naturalmente, somos amigos suyos.

—No sé dónde está Harriman en estos momentos, lo siento. Mire, no se lo tome a mal, pero…

—Comprendo su actitud. Hoy día ocurren mil asquerosidades. Pero véalo de este modo, señora Fox: hace rato que la vi entrar en su casa, y si hubiera querido lastimarla o perjudicarla de algún modo podría haberlo hecho entrando en ella por mis propios medios y atrapándola dentro. De verdad, sólo deseo conversar con

usted… cuanto más discretamente mejor. Por eso no he acudido a la casa.

Brigitte todavía simuló vacilar, cuando en realidad estaba deseando entrar en el coche y saber qué tenía que decirle aquel hombre… que era ruso. De nuevo los rusos. Poco importaba que, al igual que el fallecido Yuvenko, el desconocido que tenía ante ella hablase perfectamente el inglés. Era ruso, y no había más que hablar.

—De acuerdo —aceptó por fin.

Se metió en el asiento de atrás del coche. El hombre hizo lo mismo, sentándose a su lado. Debía de tener cerca de cuarenta años, era atractivo, atlético…, pero había en el fondo de sus ojos oscuros algo que no terminó de gustar a la veteranísima espía. Otra cosa que por supuesto ya había captado era que aquel sujeto llevaba una pistola bajo la axila izquierda.

—Usted dirá, señor… —murmuró.

El hombre no tenía la menor intención de dar nombre alguno, pero se esforzó en ser amable, incluso simpático.

—Estamos buscando a su marido, pero no conseguimos encontrarlo en su habitual lugar de trabajo… Usted ya me entiende. Y hemos pensado que quizás usted sabría dónde se halla en estos momentos.

—¿Usted trabaja con él?

—No exactamente. Digamos que, en ocasiones, colaboro con él en algunos asuntos un poco especiales. Tal vez Harriman le haya hablado de ello.

—Harriman nunca me habla de cosas de su trabajo.

—Ya. Bueno, pero si durante unos días no aparece…

—Estoy acostumbrada. Ahora no lo hace tanto, pero años atrás desaparecía con frecuencia, sin avisarme. Una se acostumbra a todo… En cualquier caso, si me dice quién es usted y dónde puedo encontrarlo, le llamaría por teléfono si Harriman se pusiera en contacto conmigo.

El hombre la miraba fijamente. De pronto, dijo:

—Es usted un hueso duro de roer, señora Fox, pero no hay hueso duro para dientes fuertes.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que su actitud me obliga a ser incluso

desagradable. Lamentándolo mucho…

Mientras hablaba, el hombre introducía la mano derecha hacia la axila izquierda, sin prisas, seguro de sí mismo y de su perfecto control de la situación. Ni se enteró de lo que ocurría: simplemente, Brigitte hizo un velocísimo movimiento con su brazo derecho, y los nudillos golpearon al hombre en la sien derecha, al estar vuelto en el asiento para darle frente a ella… Se oyó el leve chasquido del impacto, el hombre emitió un extraño ronquido, puso los ojos en blanco, y pareció desparramarse en el asiento.

En un instante, Brigitte se convenció de que el golpe no había matado al ruso. Acto seguido, procedió a registrarlo, en primer lugar quitándole la pistola, y luego su billetera, en la que había un permiso de conducir a nombre de James Mc Bain, norteamericano, falso, desde luego. Había dinero en la billetera, unos setecientos dólares. Y eso era todo. Pero, en el bolsillo izquierdo del pantalón encontró un pequeño objeto metálico que a cualquiera le habría parecido una pitillera insólitamente reducida y plana. La espía encontró en cuestión de segundos el oculto mecanismo que la abría y se quedó mirando la pequeña radio que contenía. Fantástico.

Apretó el resorte de llamada, y, apenas transcurridos tres segundos, supo que la llamada había sido recibida y que iba a obtener respuesta. Y así fue: sonó una voz de hombre, hablando en ruso:

—Estoy llegando, Andrei, tranquilo. ¿Ha llegado alguien más?

Estaba llegando. Brigitte lo comprendió todo en el acto: el llamado Andrei, es decir, el hombre que ahora yacía sin sentido junto a ella, estaba de turno vigilando la casa de los Fox, y al verla aparecer a ella y entrar en la casa, había avisado a su compañero, que estaba llegando. Es decir, que otro ruso iba a entrar en juego de un momento a otro.

No había mucho que pensar. Brigitte se guardó la pequeña radio en el bolso, y se apeó del coche, alejándose rápidamente, volviendo disimuladamente la cabeza de cuando en cuando. Llegó al pasillo entre dos chalés, y se introdujo por él, desapareciendo tras el primero de ellos, inmediatamente, regresó sobre sus pasos, y se asomó para mirar el coche dentro del cual dormía el ruso golpeado.

Ni siquiera dos minutos más tarde apareció el otro coche, que fue a detenerse detrás del ocupado por el desvanecido Andrei. Un

sujeto de más de metro ochenta, rubio, vestido deportivamente, se apeó y caminó hacia el coche de Andrei. Desde su posición, Brigitte le vio inclinarse apenas llegar junto al coche, y mirar el interior de éste. Con gestos rápidos, el recién llegado se introdujo en el asiento de atrás, junto a Andrei. Brigitte se imaginó perfectamente la escena: el recién llegado sacudiría a Andrei hasta que éste se recuperara, le preguntaría qué había ocurrido, y, rápidamente, los dos se alejarían de allí, cada cual con su coche, con la más que razonable sospecha de que una mujer que había resuelto tan fácilmente a su favor la situación no podía ser la señora Fox, sino… ¿agente de la CIA? ¿O quizá de otro organismo u organización similar?

Como fuese, era seguro que el recién llegado despertaría a Andrei y los dos se apresurarían a evacuar la zona.

Y así fue.

Antes de transcurrido un minuto los dos hombres se apearon, mirando con mal disimulada inquietud a su alrededor. El infortunado Andrei se sentó ante el volante de su coche, y su compañero rubio regresó al suyo. Los dos coches partieron, girando para tomar la dirección contraria a la casa de los Fox.

Brigitte abrió su bolso, y recurrió a su propia radio de bolsillo, pulsando la llamada.

—Sí, dime —sonó la voz de Minello.

—Frankie, dentro de pocos segundos, desde esa bocacalle verás pasar, por la avenida, dos automóviles, uno de ellos de color gris, el otro negro… El negro es un Dodge. Síguelos y llámame cuando sepas algo.

—¿Dónde estás tú? ¿Estás bien?

—Estoy bien, no te preocupes. Frankie, corta enseguida y vigila el paso de esos dos coches. ¡Cómo me falles en una cosa tan sencilla por perder el tiempo charlando te acordarás de mí!

—De ti me acuerdo siempre, reina de mi vida. Es como si mi pobre herido corazón estuviese siempre goteando sangre enamorada que…

—¡Frankie!

—Es que hacía tiempo que no te decía cuánto y cómo te amo, y esta es una excelente ocasión. Cuando brilla el sol tan intensamente como tus pupilas radiantes y llenas de amor… ¡Luego seguiré con la

poesía, ahí pasan los dos coches!

Se oyó un leve chasquido de la radio al cortar la comunicación Minello. Brigitte suspiró, y tras guardar la radio salió de su escondrijo, siempre con toda naturalidad. Era de esperar que Frankie cumpliera bien su cometido. Pero… ¿y la CIA? ¿Dónde estaba la CIA? ¿Simplemente se habían llevado a la señora Fox y a su hija y habían dejado la zona sin apostar vigilancia? ¿Era esto creíble?

Finalmente, llegó a la conclusión de que sí era creíble y posible. Si la CIA tenía a los Fox…, ¿por qué había de vigilar una casa a la que, seguramente, nadie tenía que ir?

La llamada de Frankie se produjo casi una hora más tarde, cuando Brigitte se hallaba sentada en un banco pintado de blanco clavado en el paseo de una avenida que discurría siguiendo la costa. Brigitte le dijo dónde se hallaba, y sólo diez minutos más tarde aparecía el coche conducido por Frankie, junto al cual se sentó Brigitte, apenas se detuvo.

—¿Adónde han ido? ¿Lo sabes?

—¡Claro! Pero no he querido decírtelo antes para mantener el suspense. Y además, tenemos pendientes la poesía de antes que…

—¡Frankie!

—A Miami —se enfadó Minello—. En estos momentos están a mitad de camino entre Pensacola y Miami. En avión, claro.

Capítulo V

Brigitte casi rió al ver al atlético sujeto en la sala de espera del Miami International Airport, al cual acababan de llegar ella y Minello procedentes de Pensacola, en un avión que había salido dos horas después del que habían utilizado el ruso Andrei y su rubio y atlético compañero.

—Ahí lo tenemos —dijo, mirando acto seguido a Minello—… Ya sabes lo que tienes que hacer, Frankie.

—A ver si me acuerdo —pareció forzar su memoria Minello—: alquilar un coche, y seguiros con él si llego a tiempo; si así es, estupendo; si no, debo dirigirme hacia Miami Beach, pues desde allá seguro que me alcanzará la onda de tu radio cuando me llames: si no me llamas…

—Eres un bobo —se enfadó Brigitte.

Y se alejó de él. Aunque pensándolo bien, quizá la boba era ella, pues ya debía saber más que sobradamente que Frankie siempre recordaba sus instrucciones, no era precisamente un niño olvidadizo.

Cuando se plantó frente al atlético sujeto, éste ya la estaba mirando absolutamente fascinado. Brigitte le sonrió cariñosamente.

—¿Qué tal, Simón? —saludó.

—Bien —casi tartamudeó el agente de la CIA—… ¡Muy bien! ¿Y… y usted?

—Estupendamente. ¿Tenemos coche?

—Sí, naturalmente.

—Hasta aquí, perfecto —susurró Brigitte—… Pero dígame: ¿captaron a mis dos personajes?

—Sí. Mi compañero fue tras ellos. No creo que tardemos mucho en saber dónde están. Supongo que fuera de Miami, considerando el tiempo que ha transcurrido desde que llegaron y mi compañero salió tras ellos. Tomaron un taxi, pero ya no sé más, porque me

quedé a esperarla a usted.

—¿Ha tenido algún problema?

—¿Yo? —Se sorprendió el joven agente—. No… No, ninguno. Por el contrario, tanto mi compañero como yo estamos encantados de trabajar con usted y para usted.

—De acuerdo. Acompáñeme a tomar un café.

—¿Ahora? —Se pasmó Simón.

—¿Por qué no?

El agente de la CIA no supo qué decir, y simplemente acompañó a Brigitte, es decir, a la agente Baby, a una de las cafeterías. Brigitte pidió café, y encendió un cigarrillo. Si la CIA. La engañaba en aquella ocasión les iba a armar un alboroto de mil demonios. Ella había llamado desde Pensacola a la Central pidiendo el número telefónico de Simón-Miami, es decir, del jefe de la CIA en esa zona. Se lo habían facilitado. Ella había llamado entonces a Simón-Miami, diciéndole que al Miami International Airport iban a llegar muy pronto, en un vuelo procedente de Pensacola, dos sujetos, uno rubio y otro castaño, ambos altos y fuertes, fáciles de sospechar de ellos como agentes de la KGB que podían desembarcar juntos o aparentando que no se conocían entre ellos; el de cabellos castaños debía de tener, sin duda, un hematoma en el lado derecho de la frente, sobre la sien aproximadamente… Todo lo que tenía que hacer la CIA era seguir a esos sujetos para saber adónde iban y comunicárselo a ella cuando, lo más pronto posible, llegase también a Miami.

¿*Okay*, todo entendido? Todo entendido.

Y parecía que así era, y que la CIA ponía a disposición de su más eficaz agente todos sus medios. Como siempre. Tal vez porque no sospechaban que lo que ella estaba haciendo seguía relacionado con el caso del poder invencible que Harriman Nixon Fox había mencionado. Posiblemente, pensaban que estaba atendiendo otro asunto cualquiera…

—¿Con azúcar?

—¿Eh…? No, no, gracias, Simón.

Se tomó el café parsimoniosamente. Encendió un cigarrillo. Simón le hablaba de él y de su compañero, ambos tan contentos por haber sido asignados nada menos que al servicio directo de Baby… Frank Minello apareció por allí como un paseante desocupado, y

con una simple mirada hizo comprender a Brigitte que ya había alquilado el coche. Muy bien. Brigitte apagó el cigarrillo en uno de los ceniceros, Simón pagó los dos cafés, y ambos se encaminaron hacia el estacionamiento. Cuando partieron, Minello apareció tras ellos poco después. Y todavía estaban circulando por Airport Expressway cuando sonó la llamada en la radio de bolsillo de Simón, que la atendió en el acto.

—¿Sí?

—Harry, soy yo. ¿Ha llegado ella?

—La tengo sentada a mi lado en el coche, camino de Miami Beach. No me llamo Harry, sino Simón.

—*Okay*, y yo soy Simón II. Bien, los tengo localizados y situados perfectamente. Dejaron el taxi en el centro de Miami, se metieron en un aparcamiento, y salieron de éste en un automóvil particular, con el que han viajado hacia el sur por la Nacional 1. Ahora están en Rock Harbor.

—Rock Harbor —se pasmó Simón I—… Eso está en los kayos, ¿no? En Kayo Largo, si no recuerdo mal.

—Exactamente.

—¿Y qué hacen ahí?

—Han entrado en una villa formidable junto al mar, con una pequeña playa privada, embarcadero, jardines… El Edén, oye. Bueno, me ha parecido que hoy ya no van a moverse de ahí, así que estoy de regreso, circulando ahora por Coral Gables. ¿Tenemos que encontrarnos o qué hago?

Brigitte le hizo un gesto a Simón I, que lo interpretó y le cedió la pequeña pero siempre eficaz radio de bolsillo.

—Simón, soy Baby. Quiero que llame a Simón-Miami, que él se reúna con usted, y que ambos nos esperen a Simón I y a mí en la salida sur de Florida City, en la Nacional 1. Si llegamos nosotros antes los esperaremos a ustedes. ¿Tiene alguna duda?

—Claro que no. Encantado de oírla.

—Gracias Lo mismo digo. Hasta luego, Simón.

—Hasta luego.

Brigitte cerró la radio, y se la devolvió a Simón I, que la guardó, frunció el ceño, y murmuró:

—En los Kayos… Y en una villa formidable… ¿Qué cree usted que pueden estar tramando los rusos ahí?

—Casi con seguridad, preparando alguna nueva demostración del poder invencible.

—¿De qué? —Se pasmó el agente de la CIA.

—Cosas mías. Conduzca sin prisas. No me molesta pasear por Miami, y además, me parece que llegaremos nosotros antes que ellos al lugar de la cita.

* * *

Brigitte no se equivocó.

Simón-Miami y Simón II llegaron cuando ella y Simón I llevaban esperando más de media hora. Detuvieron el coche detrás, y los dos se apearon y fueron a instalarse en el asiento de atrás del coche de Simón I. Tras los saludos, Simón-Miami, que tenía alrededor de cincuenta años y, al parecer, una salud no tan buena como sería de desear, debido a una obesidad incipiente, señaló con el pulgar hacia atrás, y dijo:

—Supongo que ya se ha dado cuenta de que hay allá estacionado un coche que resulta sospechoso.

—Sí. Olvídenlo. Simón, ¿por qué no está usted en Rockville, atendiendo lo del… accidente?

—Hay personal de sobra y más capacitado que yo para atender ese asunto —rechazó el jefe de la CIA en Miami—, y en cambio, quien mejor puede atender la zona de Miami en todo momento soy yo, actualmente.

—Entiendo. ¿Le advirtieron desde la Central que yo le iba a llamar?

—No.

—¿No se lo advirtieron, no le dieron… algunas instrucciones para que me atendiera… de algún modo especial?

—No. Oiga, no sé de qué está hablando. Usted llamó a mi número de teléfono privado, me hizo entender quién era, e inmediatamente me puse a su disposición para todo, con mi personal. Y me parece que no lo estamos haciendo mal, ¿verdad? Así que dígame de qué está hablando.

—Tranquilo. Ya volveremos sobre ese tema —Brigitte miró ahora directamente a Simón II—… ¿Vio más gente en esa villa?

—No. Las verjas se abren electrónicamente, así que ellos

llegaron, detuvieron el coche delante, y las verjas se abrieron. Enfilaron el sendero hacia la casa, y ya no vi más. Hay muchos arbustos en ese lugar, un jardín… que yo definiría como espléndido. No sé si le dije que en el embarcadero tienen un yate. No es muy grande, pero para mí lo quisiera.

—¿Vio gente en ese yate?

—No, tampoco. Supongo que estarían en la casa.

—De acuerdo. Vamos allá. Echaremos un vistazo al lugar, ustedes me dirán qué les parece, pues sin duda conocen bien los kayos, y luego quiero que se enteren de a quién pertenece esa villa. Y el yate. ¿Vio el nombre?

—No.

—Pues tendrán que verlo. Si es necesario, tomarán fotos de la villa… En definitiva: hagan todo lo que consideren necesario para que a la mayor brevedad posible puedan pasarme el más amplio informe sobre la villa, el yate, sus propietarios… ¿*Okay*?

—*Okay* —asintió Simón-Miami.

—Y mientras ustedes, posteriormente, se dedican a toda esa investigación, yo me quedaré allí con este coche, si no hay inconveniente.

—Nada de lo que usted ordene nos resultará nunca inconveniente —aseguró Simón-Miami.

—Usted sí que es amable —sonrió Brigitte, entornando los párpados.

Simón-Miami y Simón II regresaron a su coche, y acto seguido todos reanudaron la marcha hacia Kayo Largo…, por supuesto llevando detrás el otro coche que resultaba «sospechoso».

* * *

Eran casi las diez de la noche cuando Brigitte se sentaba en el coche «sospechoso», junto a su conductor, que mostró inmediatamente su enfado.

—¡Me voy a morir de hambre! —aulló—. ¡Y de sueño!

—De sueño, tal vez, pero no de hambre —aseguró Brigitte, mostrando en alto la bolsa que traía—… Aquí tenemos comida y bebida. Adivina qué bebida tenemos para cenar.

—¿Ácido sulfúrico?

—Algo parecido —rió la divina—: champán de California.

—Tenía entendido que te gustaba el champán de California.

—Claro que me gusta, pero he querido gastarte una broma a ver si alegras esa cara de boxeador viejo y gruñón.

—¡Son casi las once de la noche, no he cenado, no he dormido…! ¿Quién es viejo y gruñón? ¿Yo?

—Lo pareces. Si te mirases a un espejo verías lo feo que estás, y te apresurarías a sonreír para estar más guapo y más joven. A fin de cuentas, pasar un poco de hambre y sueño no mata a nadie.

—¡Estaba preocupado por ti, maldita sea, no por mi estómago!

—Ya lo sé, Frankie —Brigitte le dio un beso en un lado de la boca—, pero he estado ocupada, simplemente. Y no era momento ni ocasión para llamarte por la radio, porque no quiero que nadie sepa que cuento con tu respaldo.

—¿Ni siquiera tus Simones de Miami?

—Ellos ya sospechan algo, pero sospechar no es saber que la persona que nos ha seguido en este coche es un tal Frankie Minello.

—O sea, que no quieres involucrarme demasiado en el asunto. ¡Zambomba, pues es cierto, has traído champán! ¿Cómo te las has arreglado?

—He ido a un supermercado de Kayo West que no cierra en toda la noche. Los bocadillos también son excelentes. ¿Alguien ha entrado o salido de la villa?

—No. Hay una quietud absoluta… Como si no hubiera nadie en ella.

—Sí hay gente en ella —dijo Brigitte, entregando un bocadillo a Minello—… Mis Simones han tomado algunas fotos, que se han llevado a Miami para ampliarlas y ver si por medio de ellas identifican a alguien. El yate lleva el nombre de *Pelikan*, y también lo van a rastrear…, aunque me temo que cuando empiecen a pedir informes a la Central les van a demorar las respuestas, pues antes querrán asegurarse de que yo no ando detrás del asunto de Fox. En cualquier caso, por la mañana mis Simones vendrán a informarme de todo cuanto hayan conseguido, y a traerme un material que les he pedido.

—¿Qué material? —farfulló Minello, masticando.

—Cosas mías —sonrió Brigitte—… ¿Está bueno?

—Mucho. ¿Y qué vamos a hacer hasta que vengan por la

mañana tus Simones?

—Vigilar la villa por turnos… y actuar conforme a las circunstancias. ¿Qué turno prefieres?

—El que no quieras tú.

—Entonces, harás el primero. Cuando terminemos de cenar, yo volveré a mi coche y dormiré hasta las tres. Vienes a despertarme entonces. Pero, Frankie, nada de gestos caballerescos que podrían complicarnos la vida, ¿de acuerdo? A ver si por querer hacer tú todo el turno te quedas dormido y pasa algo que se nos pasa desapercibido.

—Te llamaré a las tres —aseguró Minello.

* * *

Los agentes de la CIA regresaron a Kayo West hacia las ocho y media de la mañana, cuando ya Minello estaba despierto tras descansar después de su turno. Se apearon de su coche y fueron al que habían dejado a Brigitte la noche anterior. Uno de ellos portaba un portafolios, y el otro un maletín. Nada más entrar al asiento posterior del coche ocupado por Brigitte, ésta se hizo cargo del maletín, que dejó en el asiento contiguo. Simón II abrió el portafolios, sacó unas fotografías, y las tendió a la espía, mascullando:

—Son ampliaciones de algunas de las que tomamos. Lo único aprovechable son las caras de dos sujetos, aunque no se ven demasiado bien… Las hemos transferido a la Central, pero todavía no hemos tenido respuesta. Simón-Miami se ha quedado esperándola.

—Ya. ¿Sabemos a quién pertenece la villa?

—Eso sí, porque lo hemos averiguado nosotros directamente en Miami. El millonario Aldo Sterling, residente en Chicago, es el último propietario. Hemos solicitado informes sobre él, naturalmente…, pero aún no sabemos nada.

—Comprendo. ¿Y el yate *Pelikan*?

—También es de Aldo Sterling. Como le he dicho, están rastreándolo.

—Rastreándolo. Ya.

Brigitte dedicó un minuto a examinar detenidamente las

fotografías que mostraban el embarcadero, el yate, la villa y sus jardines, y, especialmente, las que ofrecían las imágenes de dos rostros masculinos, en verdad difícilmente identificares…, pero que tenían algo en común. Brigitte no supo ver qué era, pero tenían algo en común. Acercó y alejó repetidamente las fotografías de ambos hombres, como si los frecuentes cambios de perspectiva pudieran ayudarla a encontrar la explicación.

—¿Qué ocurre? —se interesó Simón II.

—No sé… Estoy intentando descubrir qué es lo que encuentro en estos dos rostros que los hace tan parecidos.

—¿Parecidos? ¡No se parecen en nada! Una cabeza es redonda, la otra alargada y delgada…

—Sí, ya sé, pero… Bueno, quizá resuelva el enigma en cualquier momento. Vamos a ver ahora qué material me han traído.

Abrió el maletín, en el que había, lisa y llanamente, todo cuanto solía utilizar la agente Baby en sus trabajos de espionaje, desde pelucas a sorprendentes armas especiales. No había habido problema para conseguirlo: desde Miami; Simón-Miami había pedido un maletín de Baby a la Central, y ésta lo había enviado en avión especial, de modo que aquella madrugada había llegado a manos de Simón-Miami…

—De acuerdo —aprobó Brigitte—. Vamos a empezar a sacarle partido.

En menos de tres minutos la señorita Montfort ya no era la señorita Montfort, sino una mujer mucho menos agradable: parecía tener unos cincuenta años muy poco simpáticos, era pelirroja, llevaba gafas de cristales oscuros que ocultaban unos ojos falseados por lentillas de color verde, y su nariz parecía más gruesa, debido a los pequeños aros de plástico introducidos en las fosas nasales. Un cambio en el maquillaje labial completó una metamorfosis que tenía fascinados a los agentes de la CIA.

—Caray —dijo por fin Simón II.

—Dentro de esa villa —movió Brigitte la cabeza en aquella dirección—, están los dos hombres que llegaron de Pensacola, el rubio y el castaño, y si me ven, sobre todo el de cabello castaño, no quiero que me reconozcan, pues se alarmarían. Y no quiero que se alarmen, sino que sigan haciendo lo que habitualmente hacen. ¿Me han comprendido?

—Desde luego.

—Muy bien. Colóquense en cualquier sitio desde el que puedan vigilar la villa, y si observan algo que les parezca especial, avisen por la radio. Esto es todo, por ahora.

Los dos agentes de la CIA se apearon, regresando a su coche. Brigitte arrancó y partió, alejándose de las inmediaciones de la villa…, y llevando detrás el muy sospechoso automóvil que conducía Minello. Alcanzaron muy pronto Bay Shore Drive, donde Brigitte tuvo que detenerse ante un semáforo en rojo. Minello se detuvo a su izquierda, y se desplazó un poco hacia el otro asiento, evidentemente, para decirle algo a Brigitte. Abrió la boca, se quedó mirando a la pelirroja de las gruesas gafas, y soltó un gruñido.

—¿Quería usted algo? —inquirió la pelirroja.

—No señora, usted perdone: me he equivocado… Creí que era usted Margaret Tatcher, pero ya veo que no.

Brigitte soltó una carcajada… En aquel instante, sonó su radio de bolsillo. No poco sorprendida, contestó la llamada en el acto.

—¿Sí?

—Acaba de salir de la villa un automóvil, conducido por un sujeto joven, de aspecto agradable y fuerte. Parece que va solo. La matrícula es Fla 39874. Va en la misma dirección que usted.

—Entendido. Sigan ahí —cortó la comunicación, y se dirigió al expectante Minello—… Frankie, adelántame, pero no me pierdas de vista.

—¿Qué ocurre?

Brigitte señaló el semáforo, que ofrecía el color verde. Minello arrancó, adelantando a Brigitte, que comenzó a circular muy despacio, hasta el punto de que dio tiempo al siguiente semáforo a ponerse en rojo… Por detrás de ella apareció el automóvil matrícula Florida 39374. Al volante, en efecto, un hombre de aspecto fuerte y agradable. No más de treinta y cinco años. ¿Se habían dado cuenta de que ella estaba vigilando la villa y ahora la seguían?

Si así era, tenía que saberlo cuanto antes, pues sus Simones corrían peligro allá apostados… De nuevo el verde en el semáforo. Brigitte arrancó, circulando de nuevo sin prisas. Si el automóvil del sujeto guapo se ponía tras ella manteniendo su reducida velocidad, habría que tomar medidas.

Pero no. El automóvil en cuestión la rebasó inmediatamente, y

continuó Bay Shore Drive adelante a buena velocidad. El sujeto que iba al volante ni siquiera miró hacia la pelirroja de las gafas oscuras. De acuerdo: si él no la seguía a ella, ella le seguiría a él.

Tan sólo diez minutos más tarde circulaban por la Overseas Highway, con el mar a ambos lados, y en dirección a Miami. Tenían por delante ciento cincuenta millas de carretera excelente, rodeados de mar y bajo un sol que comenzaba a ser espléndido.

Aunque quizás aquel individuo no fuese a Miami.

Capítulo VI

Sí fue a Miami. Concretamente a Yacht Basin, donde estacionó el coche, cerca de Clippeer Circle. El viaje había durado más de dos horas, así que no era extraño que el sujeto se sintiera un poco entumecido y se desperezara apenas apearse. Cerró el coche, encendió un cigarrillo, y se encaminó hacia la cafetería situada a poco más de cuarenta metros de donde se había detenido. Eran algo más de las once y media de la mañana.

Brigitte también se apeó, vio un poco más atrás el coche de Minello, y desentendiéndose de él se dirigió hacia la cafetería. Cuando entró, el sujeto de la villa de Key West se hallaba sentado en un taburete ante el mostrador, y en ese momento le servían café.

Brigitte ocupó un taburete cercano al personaje, y pidió también café. Miró de reojo al sujeto, que parecía pensativo… ¿Se había dado cuenta de que ella le había estado siguiendo nada menos que desde Key West? Si era un profesional del espionaje por fuerza tenía que haberse dado cuenta, pero si no lo era posiblemente no se había enterado de nada. Aunque, considerando el asunto con el cual estaba relacionado no se podía dudar de que el sujeto tenía que ser un pájaro de cuenta. Y era muy, muy atractivo. Alto, fuerte, sólido… Sus cabellos oscuros aparecían perfectamente peinados hacia atrás, planchados, muy a la moda de guapo duro.

A Brigitte le sirvieron también el café. El sujeto la miró descuidadamente, con indiferencia, incluso abstraído, y ella le sonrió discretamente.

Esto pareció despertar al guapo duro, que reaccionó, alzó las cejas, y acto seguido sonrió, con cierta petulancia, para inmediatamente desentenderse de ella dejando bien claro que no le parecía precisamente una bella diosa.

Brigitte se tomó el café. El otro sacó del bolsillo un artístico reloj, alzó la tapa, y miró la hora…

Brigitte sintió como un pellizco en el estómago. El reloj de Mihail Yuvenko. Estaba segurísima de que era el reloj de Mihail Yuvenko, en el cual éste había mirado la hora para significarles a ella y a Frankie que de acuerdo, que les esperaba abajo pero sólo durante cinco minutos. El sujeto se guardó el reloj.

—¿Qué hora es? —inquirió Brigitte, en ruso. Él la miró sin sobresalto, pero sí vivamente.

—¿Perdón? —murmuró, en inglés.

—Te he preguntado qué hora es —insistió ella en ruso.

—No la entiendo, perdone. Su idioma…

—Mi idioma es el tuyo. En cambio, no es tuyo el reloj en el que acabas de mirar la hora. En mi opinión, camarada, estás en un serio apuro…, y todavía lo estarás más si haces el tonto. ¿Me he explicado?

El sujeto la miraba ahora fijamente, no con temor, pero sí con evidente tensión. Brigitte se apeó del taburete que ocupaba, y ocupó uno situado junto al del guapo duro, que apretó los labios y dirigió una veloz mirada en torno.

—Tranquilízate —dijo Brigitte—. Quizá puedas darnos alguna explicación convincente.

—¿Sobre qué? —susurró él.

—Sobre el asesinato de Mihail Yuvenko.

—¡Yo no…!

—Camarada —cortó secamente Brigitte—, estás haciendo el imbécil, y a mí no me gusta conversar con imbéciles. Me llamo Galina Cherkova, soy de la KGB, y tengo la certeza de que el reloj que acabas de mirar pertenecía a mi compañero Yuvenko, que murió frente a un hotel al norte de Rockville debido a un balazo al corazón. Posteriormente, el coche en el que había quedado su cadáver fue incendiado con una granada de napalm especial disparada desde un coche que se dio a la fuga… ¿Estabas tú en ese coche?

El sujeto se pasó la lengua por los labios, tragó saliva, y volvió a mirar alrededor.

—¿Qué es lo que buscas? —Indagó Galina Cherkova—. ¿Esperas ver al compañero que me respalda? Pues no lo vas a ver, por la sencilla razón de que se ha quedado vigilando la villa de Key West. ¿Comprendes?

—¿Cómo habéis dado con nosotros? —jadeó el sujeto.

Galina Cherkova hizo un gesto de desdén, eludiendo toda explicación.

—¿Cuál es tu nombre? —exigió.

—Yuri Aznerov. Escucha, todo tiene una explicación…

—Estoy segura de ello. ¿Cuál es?

—Espera, espera… Éste no es el lugar ni el momento para hablar de ello. Estoy esperando a unas personas que son muy importantes. Quisiera hacerte comprender que no debes interferir en esto, pues perjudicarías a la Unión Soviética. Déjame recoger a esas personas, vamos a un sitio adecuado, y allí te daré toda clase de explicaciones. Y sobre todo, no hagamos nada que alarme a esas personas.

—¿Quiénes son esas personas?

—Son Mentales, claro está, para llevarlas también a la villa.

La falsa Galina Cherkova se quedó mirando fijamente al llamado Yuri Aznerov. Mentales.

En un instante, cientos de ideas cruzaron por la mente de la espía internacional. Mentales.

—De acuerdo —murmuró—: esperaremos a esas personas e iremos a un sitio adecuado para que me des esa explicación. Luego, ya veremos qué hacemos todos… Como bien comprenderás, no tengo la menor intención de perjudicar a la Unión Soviética…, pero no comprendo qué estáis haciendo.

—Pronto lo sabrás, y ya verás cómo terminarás apoyándome.

Galina Cherkova asintió. Yuri Aznerov se había tranquilizado, aunque todavía estuvo durante un minuto tratando disimuladamente de localizar a la persona o personas que apoyaban la acción de Galina Cherkova. No lo consiguió…, pero apenas tres minutos más tarde, murmuró:

—Ahí los tenemos.

La espía americana se volvió a mirar, con un gesto discreto. Acababan de entrar en la cafetería tres personas; dos mujeres y un hombre, de aspecto agradable y todos de edad algo superior a los cuarenta años. Eran diferentes entre sí, pero Brigitte distinguió en ellos algo en común… Y de pronto, lo comprendió, y recordó las fotografías de los dos hombres que habían sido luego ampliadas: no se parecían físicamente, sino en su expresión, en el gesto de sus

ojos, directo y concentrado. Estos tres personajes tenían el mismo gesto que los dos hombres fotografiados en la villa…

—¿Vienes o te quedas? —preguntó Aznerov.

—Adonde tú vayas iré yo. Y debes presentarme como tu compañera, no quiero que esa gente desconfíe de mí.

Aznerov asintió, se apeó del taburete, y fue hacia la parte del mostrador donde se habían colocado las dos mujeres y el hombre recién llegados. El hombre acababa de pedir dos cafés y un zumo de frutas. Aznerov se dirigió a él.

—¿Han tenido buen viaje? —se interesó.

—¿Quién es usted? —se interesó a su vez el hombre.

—He sido enviado aquí para recibir al poder invencible.

Los tres sonrieron. Aznerov sonrió. Galina Cherkova sonrió. Una de las mujeres, una rubia considerablemente hermosa, murmuró:

—¿Hay muchos más como nosotros?

—Algunos. Les presento a mi compañera Galina Cherkova… En cuanto hayan tomado sus cafés podemos emprender la última etapa de su viaje.

Los tres habían mirado fijamente a Galina. Luego, tomaron sus pedidos, y cuando iban a pagar Aznerov se adelantó, depositando un billete sobre el mostrador, y señalando acto seguido hacia el exterior. Tres minutos más tarde, los cinco estaban acomodados en el coche de Aznerov, que se puso al volante, El hombre se sentó a su lado; las tres mujeres, detrás.

—Tenemos que pasar por uno de nuestros puntos de apoyo para hacer una gestión —dijo Aznerov—, y luego seguiremos el viaje.

—Todavía no sabemos exactamente adónde vamos —dijo el hombre—… Lo único que sabíamos era que teníamos que volar hasta Miami y acudir a esa cafetería en los embarcaderos de yates.

—No se preocupen por nada —dijo amablemente Yuri—: a partir de ahora están bajo mis atenciones, y sé muy bien lo que tengo que hacer.

Arrancó. Al poco circulaban por Grant Avenue, en dirección al interior de la ciudad. Llegaron hasta Dixie Highway, por debajo de la cual cruzaron.

Alcanzaron Blue Road y luego subieron por Riviera Drive… Estaban en Coral Gables, el elegante distrito de Miami. Giraron a la izquierda por Avenida Altara… Galina Cherkova no decía nada. Y

no había vuelto la cabeza ni una sola vez para comprobar si Minello los estaba siguiendo o no, porque sabía que su querido Frankie, lógicamente, debía de estar tras ellos.

El coche se detuvo frente a una encantadora casita sita en la Avenida Altara. Aznerov la señaló, dijo que ya habían llegado, y se apeó, procediendo a abrir la portezuela de atrás. El otro hombre hizo lo mismo, y las tres mujeres se apearon. Brigitte miró entonces hacia atrás, y no vio el coche de Frankie. Aznerov había señalado la casa, y caminaba hacia ella, seguido por el hombre y las dos mujeres, a las que se unió enseguida Brigitte. Aznerov abrió la puerta de la casa con un llavín que formaba parte de un juego de numerosas llaves que llevaba muy bien colocadas en un estuche de piel. Entraron en la casa, y Aznerov los condujo a todos hacia la pequeña pero simpática y confortable sala. Señaló un mueble.

—Hay bebidas ahí —dijo—. Considerando la hora que es, lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí a tomar unos bocadillos, pues tenemos más de dos horas de viaje todavía… Sírvanse un aperitivo. Nosotros tenemos que hacer esa gestión. Ven, Galina.

Enfiló el pasillo que conducía a los dormitorios, y Galina Cherkova fue tras él. Aznerov entró en uno de los dormitorios, esperó a que Galina entrase también, y cerró la puerta. Fue al armario, lo abrió, y dejó al descubierto una pequeña pero modernísima emisora. La espía americana quedó pasmada.

—Pero… ¿qué es esto? —refunfuñó—. Camarada, estamos casi en el año dos mil, y me sales con una emisora escondida en un armario. Es ridículo.

—Esta emisora —dijo amablemente Yuri Aznerov— está aquí solamente para el caso de gravísima emergencia, igual que esta casa, a la que ninguno de nosotros debía venir salvo dificultades en verdad peligrosas. En este caso, debíamos venir aquí, utilizar la emisora para informar de la dificultad en cuestión, y esperar instrucciones para ser evacuados.

—Pues si las dificultades las tenéis en Key West no os resultará nada fácil venir aquí a utilizar la emisora.

—El hecho de que ya nos hayamos reunido todos en Key West significa que todo ha salido perfectamente, y que sólo queda por realizar la parte final, es decir, abandonar los Estados Unidos.

Solamente faltaban esos tres Mentales que hemos recogido.

—Es decir, que cuando vayamos a la villa será sólo para proceder a la evacuación de todos los Mentales.

—Efectivamente. Debemos navegar con el yate *Pelikan* hasta determinado punto, donde seremos recogidos por un submarino. El yate será hundido, y no quedará el menor rastro de nosotros. Nos llevamos de Estados Unidos un buen grupo de Mentales… Pon las manos sobre la cabeza.

De repente, Yuri Aznerov, que había estado al parecer manipulando en la emisora, introdujo la mano detrás de ésta, empuñó una de las tres pistolas que había allí, por supuesto también para casos de emergencia, y apuntó rápidamente a Galina Cherkova, que fue pillada por sorpresa, al parecer. La falsa rusa evidenció notable sobresalto, pero enseguida obedeció la orden, aunque refunfuñando:

—Te estás complicando la vida todavía más, camarada.

—Tú te has complicado la vida, «camarada» —replicó él con sorna—, pero desde luego también nos la has complicado a nosotros. Maldita seas: ¿quién eres y cómo has llegado hasta nosotros? ¡Y no me vengas con ese cuento de que eres rusa y de la KGB!

—Ahora tú esperas que yo conteste a tus preguntas con el fin de disponer de la suficiente información para dar la voz de alarma por medio de esta emisora, ¿no es eso?

—Exactamente. ¡Y no tengo mucha paciencia!

—Me llamo Lili Connors, y soy una agente especial del Pentágono, a las órdenes directas del general Savage.

Yuri Aznerov estaba absolutamente estupefacto escuchando a la falsa Galina Cherkova. De pronto, el ruso reaccionó, echándose a reír…, pero soltó un fuerte respingo cuando, aprovechando el leve descontrol que le imprimía su risa, la poco atractiva pelirroja pasó al ataque de modo fulminante. Tan fulminante, tan veloz, que Aznerov no tuvo siquiera tiempo de disparar una sola vez: el pie derecho de Brigitte, al girar ésta como una bailarina, le alcanzó en la mano derecha, arrancándole la pistola y una contenida exclamación de dolor… Sin darle tiempo a nada, la falsa Cherkova terminó el giro, quedando frente a su adversario y propinándole un corto y escalofriante directo al cuello que derribó de espaldas sobre

la emisora al ruso. Éste comenzó a toser violentamente, giró, cayó de rodillas, y se desplazó así, con el rostro congestionado y los ojos casi fuera de las órbitas en busca de la pistola caída en el suelo… Brigitte Montfort metió su mano derecha bajo la falda, retiró la pistola que llevaba sujeta al muslo con esparadrapo, y apuntó al ruso, que en aquel momento agarraba la pistola y se revolvía contra ella…

Plof, disparó la espía americana.

La bala impactó en la frente de Yuri Aznerov, la atravesó con seco crujido, y se alojó en su cerebro. El ruso puso los ojos en blanco, rebotó sobre sus piernas al caer hacia atrás, y quedó tendido de lado, con la pistola en la mano.

Galina Cherkova chascó la lengua con expresión de desagrado, pero se consoló enseguida: su vida o la de Aznerov, la elección no había podido ser más simple. Se acuclilló junto al ruso tras colocarlo boca arriba, y lo registró. No llevaba encima nada importante, ni siquiera un arma, pues evidentemente, en caso de cualquier tropiezo o situación absurda que pudiera surgir, no quería comprometerse. Lo único que interesó a Brigitte de las posesiones de Aznerov fue el reloj de Mihail Yuvenko, que se quedó.

Tranquilamente, salió de la habitación, regresando a la salita, donde los tres personajes conversaban reposadamente.

—Hay un pequeño contratiempo que mi camarada Aznerov debe atender, —dijo Galina Cherkova—. Mientras tanto, será mejor que nosotros emprendamos el viaje. Comeremos algo por el camino Pero tengo que pedirles un favor, en bien de todos.

—¿Qué favor? —inquirió el hombre.

—Cuando lleguemos a la villa no hablen de contratiempos… Si alguien les pregunta por Aznerov digan solamente que él me presentó a ustedes porque tenía algo importante que hacer en Miami, y que por tanto delegó en mí para llevarlos a la villa. ¿Me han comprendido?

—Pero… ¿qué está ocurriendo? —preguntó una de las mujeres.

—No se preocupen, Yuri lo resolverá, y se reunirá con nosotros en Key West antes de la noche. ¿Vamos?

Salieron los cuatro, y Galina Cherkova se puso al volante. Cuando se alejaba de la casa, vio tras ella el coche de Minello. Muy bien.

* * *

Hacia las tres y media de la tarde, el coche matrícula Fla 39874 se detenía ante las verjas de la villa de Key West, que se abrieron.

Galina condujo por el sendero, tranquilamente. Había un par de jardineros que, por supuesto, no eran jardineros, sino vigilantes armados. Nada aparatoso. Sin duda aquella gente se sentía segura en aquel lugar, no temían ninguna complicación… No obstante, cuando el coche se detuvo ante la casa, dos hombres estaban esperando delante, y, apenas se apeó Galina, la apuntaron con sendas pistolas.

—Tranquilos —dijo fríamente, en ruso—… Yuri ha tenido que quedarse en Coral Gables, en la casa de Altara Avenue, para atender un imprevisto.

—De acuerdo en eso, pero… ¿quién eres tú?

—Galina Cherkova, de la KGB, pero sobre todo, amiga de hace tiempo de Yuri. Guardad esas armas: estáis inquietando a los últimos Mentales —movió la cabeza hacia los recién llegados con ella—… Por cierto, podéis preguntarles si entre Yuri y yo hay una buena relación o no.

—Pero… ¿de dónde has salido tú?

—Esa es la cuestión: me enteré de algunas cosas, y tuve que dejarlo todo para avisar a Yuri. Me estáis fastidiando con tanta amenaza. Llevad a los Mentales a su alojamiento, y supongo que habrá que prepararlo todo para la evacuación. ¿Está a punto el *Pelikan*?

—Todo está a punto —murmuró el ruso—… De acuerdo, entrad.

Se guardaron las pistolas. Galina entró en la casa… Nada más hacerlo, vio ante ella al rubio compañero del hombre al que ella había golpeado cerca de la casa de los Fox. Supuso que el otro debía de estar en otro lugar de la villa… El rubio y uno de los que habían recibido armas en mano a la pelirroja Galina Cherkova estuvieron cuchicheando unos segundos. El rubio asintió, señaló la escalinata que ascendía hacia los dormitorios, y se acercó amablemente a Galina.

—Ven —dijo—, charlaremos un poco en el salón.

Galina Cherkova asintió. Los recién llegados subían la escalinata, portando sus maletas. En lo alto de la escalinata apareció el hombre

al que ella había golpeado, el tal James Mc Bain, que la miró inexpresivamente. El rubio abrió la doble puerta del salón, y Galina Cherkova entró.

Inmediatamente, supo que se hallaba frente a los Mentales, los seres que utilizaban el poder invencible.

Capítulo VII

Había nueve hombres y una mujer, y, por supuesto, parecían absolutamente normales. En todo salvo en aquella expresión común que había llamado la atención de la espía tanto en las fotos de los dos sujetos de la villa (a los que distinguió enseguida, mirándola fijamente) como en los que había conocido en Miami, y en los que ahora estaba viendo ante ella. Todos tenían aquel gesto directo y concentrado… Brigitte tuvo la súbita sensación de que unos dedos fortísimos se cerraban en torno a su cerebro. La sensación fue tan sorprendente y tan dolorosa que, sin poder evitarlo, cayó de rodillas, casi desvanecida. Apoyó las manos en el suelo, ante ella, y sacudió la cabeza. Sintió el tirón en sus cabellos, y, enseguida, la exclamación de sorpresa. Alzó la cabeza, y vio ante ella a uno de los Mentales, contemplando atónito la peluca que había quedado entre sus dedos. El ruso se acercó a ella, asió el casquete de nailon que sujetaba la cabellera natural de Brigitte, y lo retiró, dejando sueltos los negros cabellos suavemente ondulados.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre que sostenía la roja peluca.

—La vencedora del poder invencible —dijo Brigitte.

El hombre pareció de nuevo atónito. Acto seguido, divertido; tanto, que soltó una carcajada. El rubio masculló:

—Algo está ocurriendo, y ella lo sabe. Tenemos que enterarnos inmediatamente, a fin de tomar las medidas convenientes.

—Luego —dijo el Mental.

—Luego no —se impacientó el rubio—: ahora. ¿Es que no lo entienden? Si ella está aquí es que han detenido a Aznerov… ¡Maldita sea, esta mujer sólo puede ser una agente de la CIA!

—Puede ser de ustedes, pero… de la rama normal del KGB, como lo era el tal Yuvenko.

—Está usted hablando demasiado, señor Ewells.

—Tal vez, pero también puedo resolver muy fácilmente la cuestión informativa. ¿Qué es lo que quiere saber de esta mujer? Me parece que está olvidando que nosotros podemos conseguir de ella todo lo que queramos.

—Pregúntele quién es, cómo ha conseguido nuestra pista, y dónde está Yuri Aznerov.

El tal Ewells miró directamente a Brigitte, y dijo:

—Desnúdate, ven a arrodillarte ante mí, y prepárate a contestar a todas mis preguntas.

Dicho esto, se sentó de nuevo en un sillón. Brigitte procedió a desnudarse, y cuando estuvo completamente desnuda fue a arrodillarse delante de Ewells con expresión sumisa. El rubio le arrancó la pistola del muslo con un furioso tirón.

—Es muy hermosa, ¿verdad? —Dijo Ewells, acariciándole los hombros y los senos—. Pero lo sería más si pudiéramos verla tal como es realmente.

Brigitte se quitó las pequeñas anillas que llevaba colocadas en las fosas nasales, y las lentillas de contacto de color verde. Hubo un instante de más que evidente desconcierto en el grupo de Mentales que contemplaban divertidos a la sumisa visitante. Por fin, uno de ellos murmuró:

—Andrew, ella es… Brigitte Montfort. ¡Es la periodista Brigitte Montfort!

—Sí, me he dado cuenta —murmuró Ewells—… No comprendo… Señorita Montfort: ¿qué hace usted aquí?

—He venido a destruir el poder invencible —dijo Brigitte.

—¿Sí? ¿Usted sola? ¿De qué modo?

—No estoy sola —replicó Brigitte—. Afuera hay varios agentes de la CIA que están esperando una indicación mía para asaltar la villa. He matado a Aznerov en Miami, y ya sé cómo operan ustedes, en qué consiste el llamado poder invencible…, pero al que yo voy a vencer.

—¿Realmente sabe usted cómo operamos nosotros? —indagó uno de los Mentales.

—Sí. Lo veo ahora todo con una claridad grandiosa: ustedes son personal inicialmente seleccionado y entrenado por la CIA para perfeccionar un arma que han llamado el Poder Invencible, y que es solamente la fuerza de sus voluntades contra las de personas

mentalmente más débiles, ya sea individualmente o por ser ustedes un grupo. Es evidente que ustedes se apoderan de la voluntad de las personas que les interesa, y pueden obligarlas a hacer lo que ustedes desean que hagan, aun en contra de su voluntad… Por eso, los tripulantes del jumbo siniestrado en Rockville se abalanzaron con el aparato sobre esta población: ustedes se habían apoderado de su voluntad. El comandante del aparato, sin embargo, todavía tuvo una leve reacción, cuando dijo: «Pero… Dios, ¿qué… qué estamos haciendo?». Sólo que ya no tenían tiempo de reaccionar: ustedes les habían ordenado arrojarse con el avión sobre Rockville, y eso hicieron. Del mismo modo, ahora están preparando un nuevo «accidente» si no son autorizados a entrar en el Pentágono. Ustedes son unos asesinos horripilantes.

El silencio era total en el salón. El rubio murmuró:

—¿Están seguros de que tienen controlada la mente de esta mujer? Más bien parece… que ella esté… consiguiendo información de las mentes de ustedes.

—Es sólo una cuestión de comunicación —gruñó Ewells—… Nosotros tenemos dominada su voluntad, pero ella también recibe información de nuestras mentes. Esto no nos había ocurrido nunca, y es algo que deberemos tener en cuenta para los futuros experimentes y entrenamientos.

—Le voy a meter una bala en la cabeza a esta mujer, y asunto terminado. Prepárense todos para zarpar ahora mismo, único modo de sorprender a la CIA. Cuando ellos reaccionen, estaremos lejos, y por medio de la radio del yate habremos pedido al submarino que nos recoja inmediatamente. ¿Alguna duda?

Apuntó a la cabeza de Brigitte con la pistola, pero Andrew Ewells le hizo un gesto.

—Espere un momento. Es un desperdicio matar a una persona que tiene una mentalidad como esta mujer. Deberíamos llevarla con nosotros.

—¿Está loco?

—Es un desperdicio matarla —insistió Ewells—… Si mira a mis compañeros verá que están de acuerdo conmigo. Nosotros queremos formar el grupo mental más poderoso del planeta, y queremos… obtener con ello poder y satisfacciones personales. Cuantos más seamos, más poder y satisfacciones tendremos. Si traicionamos a la

CIA para pasarnos con todo nuestro poderío mental a Rusia es con ese objetivo, ¿no?: proporcionarles a ustedes todo ese poder que la CIA estaba preparando para sí misma…, pero reservándonos satisfacciones personales. Eso quedó bien claro: ustedes pueden llegar a gobernar el mundo, pero será gracias a nosotros, y nosotros queremos saborear esa satisfacción… Esta mujer sería de gran utilidad en el grupo.

—En este grupo, señor Ewells, sólo son de utilidad las personas que participan en él voluntariamente. Recuerde a Fox, por ejemplo: él no quiso aceptar seguir trabajando con ustedes en cuanto se enteró de que usted se había erigido en jefe del grupo y que pensaba traicionar a la CIA y a Estados Unidos, así que escapó…, y con toda seguridad que la CIA lo ha recuperado, pues lo rastreaban muy de cerca. Lo que no entendemos es que Fox, que a fin de cuentas, antes de revelarse como un poderoso Mental, había sido un agente ordinario de la CIA, huyese de la propia CIA.

—Yo sé eso —dijo Brigitte.

—¿Lo sabe? —exclamó el rubio—. Muy bien, díganoslo.

—Harriman Nixon Fox no sólo no quería ir a Rusia, sino que había terminado por darse cuenta de lo horrible que era el Poder Invencible, así que no quería saber nada con él, no quería contribuir a su puesta en marcha… Él sabía que el grupo estaba detrás del accidente de Rockville, y quiso decirme todo cuanto sabía al respecto. Entonces fue cuando la CIA, finalmente, lo encontró, y me lo quitó de delante. Incluso borró toda huella de su paso por Nueva York e incluso por los archivos de la propia CIA.

—¿Nos está diciendo… que usted tiene acceso a los archivos de la CIA?

—Naturalmente. Aunque ellos saben que hay cosas que yo nunca aprobaré, así que me han estado ocultando todo eso de los Mentales. Por eso no encontré a Fox en el hotel Gipsy, ni nada que hiciera referencia a él en los archivos, ni encontré a su mujer en casa… Ahora lo comprendo todo. Lo único que no comprendo es ese empeño de ustedes en querer invadir el Pentágono… ¿Qué esperan encontrar allí que sus informadores habituales no pueden informarles, como han estado haciendo hasta ahora?

—De manera que también sabe eso.

—Traidores hay en todas partes y en todas las épocas de la

Historia. Pero insisto: si ya tienen sus informadores dentro del Pentágono… ¿para qué quieren entrar? ¿Qué les falta por saber de allí dentro, qué buscan?

—En realidad, nada —rió el rubio—, pero debemos dar la sensación de… ¡Maldita sea! ¡Usted me está interrogando a mí!

—Solamente estamos conversando —sonrió Brigitte Montfort.

—Sí, pero usted está bajo el control del Poder Invencible.

—Ah, sí, es verdad… ¡Lo había olvidado!

El desconcierto cundió entre los presentes. Algunos incluso experimentaron un escalofrío que pareció mover sus epidermis.

—¿Lo había… olvidado? —susurró Ewells.

Brigitte Montfort se puso en pie ante el Mental traidor, mirándolo despectivamente.

—Señor Ewells —dijo despacio y claro—, mi mente ha estado sometida a pruebas más duras que las del Poder Invencible, y como ve, todavía estoy en este mundo y perfectamente cuerda y dueña de mis actos. Una cosa es que unos criminales como ustedes controlen mentes corrientes y desprevenidas trabajando en grupo, y otra cosa bien diferente es que un fantoche como usted, y además, sin ayuda de sus siniestros desquiciados, pretenda controlar mi mente y manejarme como si yo fuese un juguete mecánico movido a pilas, como esos de los niños. ¿De verdad no se ha dado cuenta de que mi mente era impenetrable para usted y que soy yo quien ha estado jugando con usted? Tal vez si se hubieran puesto todos en la tarea habrían conseguido controlarme, pero ahora ya no están a tiempo. Se acabó el Poder Invencible, todos ustedes van a morir.

—Usted, decididamente, está loca —aseguró Ewells—. No sólo no vamos a morir, sino que dentro de poco estaremos detrás del gran poder que gobernará el mundo entero. Y todo ello, ¡imagíneselo!, desde la Casa Blanca.

—¿Esperan controlar al presidente de los Estados Unidos?

—Mucho mejor: será el nuevo presidente de los Estados Unidos quien en su mom…

—¿Se quiere callar? —exclamó el rubio—. ¡Nos está sonsacando! Hagan el favor de recoger todas sus cosas: zarparemos en quince minutos. ¡Vamos, muévanse!

—Verdaderamente —dijo irritado Ewells—, los rusos siempre serán los rusos. Si no fuera por…

—Señor Ewells: estamos discutiendo por culpa de una mujer a la que, evidentemente, usted solo no ha podido controlar. En realidad, en esta ocasión, usted no está controlando nada, aunque sea el jefe del grupo de Mentales. ¿No sería tan amable de aceptar la realidad de la situación y prepararse para evacuar este lugar… antes de que la CIA lo invada?

—La CIA no va a invadir nada —rechazó Ewells.

—Usted no entiende las cosas, ¿verdad? Ni siquiera las que se le ofrecen resplandecientes. ¿Acaso no ha comprendido todavía quién es esta mujer?

—¿Quién es?

—A ver si lo adivina con su gran poder mental invencible —sonrió la divina—… Si es que puede penetrar en mi barrera de protección, criminal papanatas. ¿Quiere saber quién soy? Pues sépalo: Baby, de la CIA.

Todavía estaba Brigitte diciendo esto cuando saltaba hacia el rubio, que lanzó una exclamación, disparó apresuradamente con la pistola de la propia Brigitte, y ésta gritó cuando la bala pasó rozando su cadera derecha, trazando un rojo surco. Pero, al mismo tiempo, la mano izquierda de la espía desviaba la derecha del ruso, y hundía con escalofriante fuerza la punta de su pie derecho en los genitales masculinos. El rubio lanzó un tremolante aullido, y se encogió, mientras Brigitte, de un tirón, le quitaba la pistola de entre los dedos y apuntaba con ella hacia la doble puerta, que se había abierto para dejar visibles a dos hombres dispuestos a entrar armas en mano…

Plof, plof, disparó implacablemente la agente Baby.

Uno de los hombres recibió el impacto de la bala en el centro de la frente, y cayó hacia atrás, muerto en el acto. El otro gritó al recibir la pequeña bala en el abdomen, retrocedió, y cayó sentado, fuera del salón. Brigitte se volvió hacia el rubio, que intentaba ahora sacar su propia pistola, le apuntó al corazón, y disparó. El rubio emitió un profundo suspiro, y cayó de espaldas, todavía con un instante de vida en sus ojos que contemplaron atónitos el blanco techo.

Brigitte apuntó ahora rápidamente a Andrew Ewells, que palideció y concentró aún más la fuerza de su mirada en los azules ojos de la espía, que soltó una carcajada y dijo:

—Ya te dije que venía a vencer el Poder Invencible.

Plof. La bala perforó la frente del Mental, haciendo añicos su cerebro, y terminando así con todas las ambiciones y maldades. Fuera del salón se oían voces en ruso. Los demás Mentales miraban fijamente a Brigitte, que a su vez los contempló, fruncido el ceño. La idea de la espía era matarlos, y por cierto ellos así lo comprendieron, y palidecieron… Pero Brigitte no podía malgastar en ellos más tiempo, así que corrió hacia la puerta-ventana que daba al jardín, y salió a éste, a pleno sol, completamente desnuda… A unos quince metros de ella, un hombre que llegaba corriendo procedente del embarcadero con el arma en la mano, la vio, tan hermosísima, y se detuvo, estupefacto.

Plof, disparó implacablemente la espía. El hombre hizo una extraña pirueta giratoria, y cayó de bruces. Desde el embarcadero llegaban más voces, y también desde la casa. Brigitte corrió hacia unos tupidos arbustos y se lanzó entre ellos sin consideración hacia su piel de seda y oro solar. Se arrodilló, dejó la pistola en el suelo, y se miró la herida de la cadera… No era nada que pudiera preocuparla. Lo que sí la preocupaba era el hecho de disponer de pocas balas en su pistola. Y ya no podía volver a la casa a recoger la del rubio… Se asomó, y vio la del hombre que acababa de matar, junto al cadáver. Pero cuando estaba calculando las probabilidades de hacerse con ella aparecieron dos atléticos rusos corriendo hacia allí. Vieron a su compañero muerto, miraron a todos lados, y luego se miraron uno al otro. Apareció otro ruso. Desde el embarcadero llegaban dos más.

—¡Preparados para zarpar! —Gritó el de cabellos castaños, que, en efecto, tenía un hematoma en la sien derecha—. ¡Voy a avisar por teléfono al general! Los demás, acompañad a los Mentales al yate. ¡Deprisa!

—Pero… ¿y la mujer?

—¡Haced lo que os he dicho! ¡Ya la buscaremos luego, si tenemos tiempo! ¡Pero tened mucho cuidado, esa maldita mujer es Baby!

Ésta frunció el ceño. ¿Avisar al general? ¿Qué general?

Y de repente, todas las piezas del rompecabezas encajaron como en un admirable gesto único que las colocara a todas en su sitio a la vez. A partir de ese momento, Brigitte dejó de preocuparse. Vio

cómo los rusos y los Mentales pasaban cerca de ella a toda prisa hacia el embarcadero, pero no hizo nada. Los dejó marchar.

Y cuando estuvo segura de que ya no quedaba nadie en la magnífica villa, regresó a ésta, fue a donde habían quedado sus ropas, y se las puso. Luego, de su bolso que había quedado sobre una mesita, sacó la pequeña radio que la comunicaba con los agentes de la CIA…, sin hacer caso de las llamadas que estaba efectuando la que le comunicaba con Minello. Pero, pensándolo mejor, aceptó la llamada de Frankie y al mismo tiempo llamó ella a los Simones.

—¡Brigitte! —Tronó la voz de Minello—. ¡Brig…!

—¿Te quieres callar, tonto? —Le increpó Brigitte—. ¿Cuántas veces te he dicho que no deben mencionarse nombres en esta clase de llamadas?

—¿Baby? —Sonó la voz de Simón II en la otra radio.

—Háganme un favor, ¿quieren? —Refunfuñó la espía—: cállense todos y permitan que sea yo quien hable. ¿Está esto bien claro?

La respuesta fue un silencio absoluto.

—De acuerdo —suspiró la divina—… Tampoco tenía por qué haber sido tan brusca, pero ya está hecho. Vamos a ver, Simón: necesito cuanto antes un helicóptero de combate que salga ahora mismo en persecución del yate *Pelikan* y que lo hunda en cuanto lo alcancen. Pase la orden bien claramente: no habrá diálogos ni contemplaciones, quiero que ese yate sea hundido CUANTO ANTES. ¿Me he explicado bien?

—Por supuesto.

—De acuerdo —repitió Brigitte—. Y también necesito otro helicóptero, éste normal, pero muy rápido, que debe pasar a recogerme a la villa. En ese helicóptero llegarán los compañeros que deberán encargarse de todo lo sucedido aquí y, en fin, atender cualquier asunto relacionado con la villa. ¿Frankie?

—Dime, amor de mi vida.

—Ven a la villa: mientras esperamos el helicóptero te explicaré todo el asunto, por si a mí me matan que sepas a quién has de matar tú.

—Voy enseguida —murmuró Frank Minello.

Este es el final

El general Ian Savage llegó a su casa, en el discreto y elegante suburbio residencial de Washington cuando faltaban escasos minutos para la salida del sol. Era un amanecer frío pero que presagiaba un luminoso día.

Pero no para el general Savage. Para el general Savage, aquel día era sombrío y frustrante, era el primer día del resto de una vida que le parecía vacía y odiosa. ¡Tanto tiempo planeándolo todo, y en sólo tres días sus tan elaborados planes se habían arruinado!

Hacía mucho tiempo que trabajaba para los rusos, porque los rusos le habían prometido algo enorme: la presidencia de los Estados Unidos de América. Si él colaboraba con ellos, ellos lo introducirían en la Historia por la puerta grande: presidente de los Estados Unidos de América…

Y lo que al principio había parecido un lejano e incluso demencial sueño se había ido forjando y concretando con el tiempo. Había estado pasando información a los rusos, toda la información que iba pasando por sus manos, incluso la que empezó a conseguir, de alto nivel, cuando fue nombrado jefe del Pentágono. Pero, para que nadie pudiera sospechar de él al informar los analistas de la CIA cuánto y cuánto sabían los rusos del Pentágono, habían ideado lo de una invasión del Pentágono por parte de un grupo de espías inidentificables que se hacían con toda la información. Y como para entrar en el Pentágono había que presionar fuerte a la Casa Blanca, finalmente, él tuvo la Gran Idea. Una idea que, al mismo tiempo, le permitía prestar un gran servicio a los rusos… y a sí mismo: sobornó con promesas de grandeza a Andrew Ewells para que él y los demás Mentales que estaban entrenando la CIA traicionaran a ésta y se pasaran a los rusos. Utilizando a los Mentales para dominar mentes menos privilegiadas, podían ocasionar catástrofes tales que, finalmente, tuvieran que permitir aquella invasión del

Pentágono bajo la amenaza de seguir ocasionando muertes y espanto en Estados Unidos.

Luego, el Equipo Mental se trasladaría a Rusia, y se prepararía para el gran trabajo: regresar a Estados Unidos y, con el poder de su mente, ir forzando las mentes débiles del pueblo para que, en las elecciones de mil novecientos noventa y dos eligieran por abrumadora y absoluta mayoría al general Ian Savage como Presidente de los USA Y ello porque, con anterioridad, él habría estado demostrando sus cualidades de político además de militar. Cualidades que comenzarían a ser conocidas a partir del momento en que él habría desarticulado una red de espionaje soviético en Estados Unidos. Esa red eran, simplemente, unos cuantos agentes de la KGB que serían traicionados y sacrificados por la propia KGB para que él se encumbrara. La propia KGB, que tenía su «rama especial», es decir, agentes que eliminaba a agentes cuando así convenía a los más altos estamentos de la siniestra KGB…

Eran unos planes perfectos. Sobre todo teniendo en cuenta que, cuando ya él fuese presidente, tendría junto a él un Equipo Mental, herederos del equipo que él había robado a la CIA para venderlo a la KGB, a los rusos a los cuales siempre simulaba despreciar e incluso odiar…

Un plan perfecto.

Pero todo se había arruinado. Todo se había hundido… Y nunca mejor dicho: el yate *Pelikan* había sido hundido mientras navegaba velozmente desde Key West hacia La Habana. Hundido y pulverizado. No había habido ni un solo superviviente. Ni uno solo. No había quedado nada: ni los elementos especiales de la KGB, ni los Mentales… Nada. Todo estaba clarísimo.

La única duda que tenía el general Ian Savage era referente a la señorita Brigitte Montfort. Desde la villa de Kay West le habían llamado por teléfono en total emergencia para decirle que ella era la agente Baby de la CIA y que era la causante de su fuga; que estaba en la villa y que tenían la esperanza de capturarla o matarla antes de zarpar hacia La Habana.

Pero… ¿lo habían conseguido? ¿Habían capturado a Brigitte Montfort, de modo que también ésta estaba muerta? ¿O la habían matado ya en la villa…? Pero sobre todo: ¿realmente Brigitte Montfort era… o había sido nada menos que la agente Baby?

—Claro que no —dijo en voz alta el general Savage, cerrando por dentro la puerta de su casa—. En esto debe de haber algún error absurdo…

Se dirigió a la sala. Encendió la luz y entró. Tenía mucho que pensar, mucho que arreglar, mucho que reorganizar, porque él no pensaba desistir de sus planes. Fuese como fuese, cayese quien cayese, él tenía que conseguir sus propósitos. ¡Aunque para ello tuviera que organizar una guerra mundial!

Se dirigió a la mesita donde tenía dispuestas las bebidas, se sirvió un vaso de *whisky*, y cuando estaba pensando en ir a la cocina a por algunos cubitos de hielo, la vio. Ella estaba sentada en uno de los sillones, mirándole fijamente. El general Savage pensó que jamás había visto unos ojos tan azules, tan gélidamente hermosos. La señorita Montfort vestía largos pantalones negros, grueso jersey azul de cuello alto, y, simplemente, estaba encantadora, como siempre. Pero el general Savage no estaba en condiciones de apreciar tanta belleza, porque sentía un frío intenso en todo su cuerpo, en toda su sangre, en su corazón, en su cerebro. No podía moverse, no podía reaccionar en modo alguno.

La señorita Montfort se puso en pie, estiró el brazo derecho, y apuntó con firmeza de acero su pequeña pistola de cachas de madreperla al entrecejo del general Savage.

Plof, chascó la pistola de la espía más implacable del mundo.

FIN